

BOOKSTACKS CLASSICS

B

Comedia de equivocaciones

William Shakespeare (1564-1616)

Español EDITION

Publication record

TITLE	Comedia de equivocaciones
AUTHOR	William Shakespeare (1564-1616)
EDITION	Bookstacks Spanish TEI edition
PUBLISHED	25 August 2026
EDITION ID	shakespeare-the-comedy-of-errors-spa
CANONICAL URI	bookstacks.org

RIGHTS AND AVAILABILITY

This derived TEI file is made available under the Creative Commons Attribution-ShareAlike 4.0 International License; the Project Gutenberg source is public domain in the United States. View the canonical license terms.

No ISBN has been assigned. The stable Bookstacks edition identifier and canonical URI above serve as the publication record for this digital edition. Bookstacks asserts no additional restriction over this generated PDF beyond the canonical source terms.

Índice general

Comedia de equivocaciones.	1
Personajes.	2
Acto I.	3
Acto II.	12
Acto III.	27
Acto IV.	42
Acto V.	65

Comedia de equivocaciones.

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ.

Ilustración de *H. Knacksuss*.

Grabados de *Otto Minde*.

Personajes.

SOLINO, duque de Éfeso.

ÆGEÓN, mercader de Siracusa.

ANTÍFOLO de Éfeso. —Hermanos gemelos, hijos de Ægeón y de Emilia, pero desconocidos uno de otro.

ANTÍFOLO de Siracusa.

DROMIO de Éfeso. —Hermanos gemelos y esclavos de los dos Antífolo.

DROMIO de Siracusa.

BALTASAR, mercader.

ANGELO, platero.

UN COMERCIANTE, amigo de Antífolo de Siracusa.

PINCH, maestro de escuela y mágico.

EMILIA, esposa de Ægeón, abadesa de una comunidad de Éfeso.

ADRIANA, esposa de Antífolo de Éfeso.

LUCIANA, hermana de Adriana.

LUCÍA, doncella de Luciana.

UNA CORTESANA.

UN ALCAIDE.

OFICIALES DE JUSTICIA Y OTROS.

La escena pasa en Éfeso.

Acto I.

Escena I.

Sala en el palacio del duque.

El *DUQUE DE ÉFESO*, *ÆGEÓN*, un *ALCAIDE*, oficiales y otras gentes del séquito del duque.

ÆGEÓN

ontinuad, Solino; procurad mi pérdida; y con la sentencia de muerte, terminad mis desgracias y mi vida.

EL DUQUE

Mercader de Siracusa, cesa de defender tu causa; yo no soy bastante parcial para infringir nuestras leyes.—La enemistad y la discordia, recientemente excitadas por el ultraje bárbaro que vuestro duque ha hecho á estos mercaderes, honrados compatriotas nuestros, quienes, por falta de oro para rescatar sus vidas, han sellado con su sangre sus rigurosos decretos, excluyen toda piedad de nuestra amenazante actitud; pues desde las querellas intestinas y mortales levantadas entre tus sediciosos compatriotas y los nuestros, se ha sancionado en consejos solemnes, tanto por nosotros como por los siracusanos, no permitir tráfico alguno á las ciudades enemigas nuestras. Además, si un natural de Éfeso es visto en los mercados y ferias de Siracusa, ó si un natural de Siracusa viene á la bahía de Efeso, muere, y sus mercaderías son confiscadas á disposición del duque, á menos que levante una cantidad de mil marcos para cumplir la pena y servirle de rescate. Tus géneros, vendidos al más alto precio, no pueden subir á cien marcos; por consiguiente la ley te condena á morir.

ÆGEÓN

Bien! Lo que me consuela es que, al realizarse vuestras palabras, mis males terminarán con el sol poniente.

EL DUQUE

Vamos, siracusano, dinos brevemente por qué has dejado tu ciudad natal y qué motivo te ha traído á Éfeso.

ÆGEÓN

No podía haberse impuesto tarea más penosa que la de intimarme á decir males indecibles. Sin embargo, á fin de que el mundo sea testigo de que mi muerte habrá provenido de la naturaleza y no de un crimen vergonzoso, diré todo lo que el dolor me permita decir.—Nací en Siracusa y me casé con una mujer que hubiese sido feliz sin mí, y por mí también sin nuestro mal destino. Vivía contento con ella; nuestra fortuna se aumentó por los fructuosos viajes que con frecuencia hacía yo á Epídoro, hasta la muerte de nuestro agente de negocios. Su pérdida, habiendo dejado en abandono el cuidado de grandes bienes, me obligó á sustraerme de los tiernos abrazos de mi esposa. Apenas habían pasado seis meses de ausencia, cuando casi desfallecida bajo la dulce carga que llevan las mujeres, hizo sus preparativos para seguirme, y llegó con prontitud y seguridad á los lugares donde me hallaba. Poco tiempo después de su llegada hízose la feliz madre de dos hermosos niños; y, lo que hay de extraño, tan parecidos entre sí, que no se podían distinguir sino por sus nombres. Á la misma hora y en la misma hostería, una pobre mujer fué des- embarazada de una carga semejante, dando al mundo dos gemelos varones igualmente parecidos. Compré estos dos muchachos á sus padres, quienes se encontraban en extrema indigencia, y los crié para servir á mis hijos. Mi mujer, que no estaba poco orgullosa de estos dos niños, me instaba cada día para volver á nuestra patria. Consentí á pesar mío ¡ay! demasiado temprano. Nos embarcamos.—Estábamos á una legua de Epídoro, antes que la mar, siempre dócil á los vientos, nos hubiese amenazado con algún accidente trágico; pero no conservamos mucho tiempo la esperanza. La escasa claridad que nos prestaba el cielo no servía sino para mostrar á nuestras almas aterradas, el mandato dudoso de una muerte inmediata. En cuanto á mí, yo la habría abrazado con alegría, si las lágrimas incesantes de mi esposa, que lloraba de antemano la desgracia que veía venir inevitablemente, y los gemidos lastimeros de los dos ni-

ños que lloraban por imitación, ignorando lo que era de temer, no me hubiesen forzado á buscar el modo de retardar el instante fatal para ellos y para mí; y he aquí cuál fué nuestro recurso; no quedaba otro:—Los marineros buscaron su salvación en nuestro bote, y nos abandonaron dejándonos el barco ya á punto de hundirse. Mi esposa, más atenta á velar sobre mi último nacido, lo había ligado al pequeño mástil de reserva del cual se proveen los marinos para las tempestades; con él estaba ligado uno de los gemelos esclavos; y yo había tenido que hacer lo mismo con los otros dos niños. Hecho esto, mi esposa y yo con las miradas fijas en aquellos en quienes estaban fijos nuestros corazones, nos atamos á cada uno de los extremos del palo; y flotando en seguida á voluntad de las olas, fuímos llevados por ellas hacia Corinto, á lo que nosotros habíamos pensado. Al fin, el sol, mostrándose á la tierra, disipó los vapores que habían causado nuestros males; bajo la influencia benéfica de su luz deseada, los mares se calmaron gradualmente, y descubrimos en lontananza dos barcos que navegaban sobre nosotros; de Corinto el más lejano, y el otro de Epídoro. Pero antes de que nos hubiesen alcanzado... ¡Oh! no me obliguéis á decir más; conjeturad lo que aconteció por lo que acabáis de oír.

EL DUQUE

Prosigue, anciano: no interrumpas tu relato; podemos al menos compadecerte si no podemos perdonarte.

ÆGEÓN

¡Oh! ¡Si los dioses nos hubiesen compadecido, no les llamaría ahora con tanta justicia desapiadados hacia nosotros! Antes que los dos barcos hubiesen avanzado á diez leguas de nosotros, dimos contra una grande roca; é impulsado con violencia sobre este escollo, nuestro mástil de socorro fué roto por el medio; de tal modo que, en esta nuestra injusta separación, la fortuna nos dejó á los dos de qué regocijarnos y de qué afligirnos. La mitad que llevaba á la infeliz y que parecía cargada de menor peso, aunque no de menor infortunio, fué impulsada con más velocidad por los vientos: y fueron recogidos los tres á nuestra vista por pescadores de Corinto, á lo que nos pareció. Finalmente, otro barco se había apoderado de nosotros; y llegando á conocer sus tripulantes quiénes eran aquellos que la suerte les había conducido á salvar, acogieron con benevolencia á sus náufragos: y hubiesen alcanzado á quitar á los pescadores su presa á no haber sido el buque tan mal velero. Se vieron, pues, obligados á dirigir

su rumbo hacia la patria.—Habéis oído cómo he sido separado de mi dicha y cómo mi vida ha sido prolongada por adversidades para haceros el triste relato de mis desventuras.

EL DUQUE

Y, en bien de los que lloras, hazme el favor de decir detalladamente lo que os aconteció á ellos y á ti hasta ahora.

ÆGEÓN

Mi hijo menor, que es el mayor en mi cuidado, cumplida la edad de diez y ocho años, se ha mostrado deseoso de buscar á su hermano, y me ha rogado con importunidad permitirle que su joven esclavo (pues los dos muchachos habían compartido la misma suerte, y éste, separado de su hermano, había conservado el nombre) pudiese acompañarle en esta investigación. Para poder encontrar uno de los objetos de mi atormentada ternura, yo arriesgaba perder el otro. He recorrido durante cinco veranos las extremidades más apartadas de la Grecia, errando hasta más allá de los límites de Asia; y costeano hacia mi pátria, he abordado á Éfeso sin esperanza de encontrarlos, pero repugnándome pasar por este lugar ó cualquiera otro donde habitan hombres, sin explorarlo. Es aquí, en fin, donde debe terminar la historia de mi vida; y sería feliz de esta muerte oportuna, si todos mis viajes me hubiesen asegurado al menos que mis hijos viven.

EL DUQUE

¡Desventurado Ægeón, á quien los hados han marcado para probar el colmo de la desgracia! Créeme: mi alma abogaríá por tu causa si pudiese hacerlo sin violar nuestras leyes, sin ofender mi corona, mi juramento y mi dignidad, que los príncipes no pueden anular, aun cuando lo quisieran. Pero aunque tú seas destinado á la muerte, y que la sentencia pronunciada no pueda revocarse sin grave daño de nuestro honor, sin embargo te favoreceré en lo que pueda. Así, mercader, te concederé este día para buscar tu salvación en un socorro bienhechor: acude á todos los amigos que tienes en Éfeso, mendiga ó toma prestado para recoger la suma y vive; si no, tu muerte es inevitable.—Alcaide, tómalo bajo tu custodia.

ALCAIDE

Sí, mi señor.

(El duque sale con su séquito.)

ÆGEÓN

Ægeón se retira sin esperanza y sin socorro, y su muerte no es sino diferida.

(Salen.)

Escena II.

Plaza pública.

ANTÍFOLO y DROMIO de Siracusa; UN MERCADER.

EL MERCADER

Tened cuidado de esparcir la voz de que sois de Epídoro, si no queréis ver todos vuestros bienes confiscados al instante. Hoy mismo un mercader de Siracusa acaba de ser preso por haber abordado aquí, y, no encontrándose en estado de rescatar su vida, debe perecer, según los estatutos de la ciudad, antes que el sol fatigado se ponga al occidente. He aquí vuestro dinero que tenía en depósito.

ANTÍFOLO

(*A Dromio.*) Vé á llevarlo al Centauro, donde posamos, Dromio, y esperarás allí que yo vaya á reunirme contigo. Dentro de una hora será la comida: hasta entonces voy á echar un vistazo sobre las costumbres de la ciudad, tratar á los mercaderes, mirar los edificios; después de lo cual volveré á tomar algún reposo en mi hostería, pues estoy cansado y adolorido de este largo viaje. Vete.

DROMIO

Más de un hombre os tomaría la palabra gustosamente, y se iría en efecto teniendo tan buen medio de partir.

(Sale Dromio.)

ANTÍFOLO

(*Al mercader.*) Es un criado de confianza, señor, que á menudo, cuando estoy agobiado por la inquietud y la melancolía, alegra mi humor con sus chanzas. Vamos, ¿queréis pasearos conmigo en la ciudad y venir en seguida á mi posada á comer conmigo?

EL MERCADER

Estoy invitado, señor, en casa de ciertos negociantes, de los cuales espero grandes beneficios. Os ruego me excuséis. Pero mas tarde, si gustáis, á las cinco, os tomaré en la plaza del mercado, y desde ese momento os haré compañía hasta la hora de acostarse. Mis negocios en este instante me obligan á dejaros.

ANTÍFOLO

Adios, pues, hasta luégo. Yo, voy á perderme errando de aquí para allí, á fin de ver la ciudad.

EL MERCADER

Señor, os deseo mucha satisfacción.

(*El mercader sale.*)

ANTÍFOLO

(*Solo.*) El que me desea la satisfacción, me desea lo que no puedo obtener: Estoy en el mundo como una gota de agua que busca en el Océano otra gota; y no pudiendo encontrar allí su compañera, se pierde ella propia errante é inapercibida. Así yo, desgraciado, para encontrar una madre y un hermano, me pierdo á mí propio buscándolos.

(*Entra Dromio de Éfeso.*)

ANTÍFOLO

(*Percibiendo á Dromio.*) He aquí el almanaque de mi verdadera fecha. ¿Cómo, cómo sucede que estás de vuelta tan pronto?

DROMIO DE ÉFESO

¿De vuelta tan pronto, decís? Mas bien vengo demasiado tarde. El capón se quema, el lechón se cae del asador; la campana del reloj ha dado las doce y mi dueña las juntó en la una sobre mi mejilla. Ella está tan acalorada porque la carne está fría: la carne está fría porque no venís á casa; no venís á casa porque no tenéis apetito; no tenéis apetito porque habéis almorzado: pero nosotros que sabemos lo que es ayunar y rogar, estamos en penitencia hoy por vuestra culpa.

ANTÍFOLO

Guardad vuestro resuello, señor, y responded á esto, os lo ruego: ¿dónde habéis dejado el dinero que os he remitido?

DROMIO

¡Oh! ¿Qué? ¿Los seis cuartos que tuve el miércoles último para pagar al sillero la gurupera de mi ama? Es el sillero quien los ha tenido, señor; yo no los he guardado.

ANTÍFOLO

No estoy en este momento de humor de chancear: dime y sin tergiversar ¿dónde está el dinero? Somos extranjeros aquí. ¿Cómo osas confiar á otros la custodia de una cantidad tan fuerte?

DROMIO

Os ruego, señor, chancead cuando os sentéis á la mesa para comer. Corro á todo escape á buscaros de parte de mi ama: si vuelvo sin vos no tendré escape para que ella no me escriba vuestra culpa en el hocico. Me parece que vuestro estómago debería, como el mío, hacer veces de reloj y llamaros al albergue sin necesidad de mensajero.

ANTÍFOLO

Vamos, vamos, Dromio, estas chanzas están fuera de razón. Guárdalas para hora más alegre que esta. ¿Dónde está el oro que he confiado á tu cuidado?

DROMIO

¿Á mí, señor? ¡Pero si no me habéis dado oro!

ANTÍFOLO

Vamos, señor bergante, dejad vuestras tonterías y decidme ¿cómo has dispuesto de lo que te confié?

DROMIO

Todo lo que se me ha confiado es el conduciros del mercado á casa, al Fénix, para comer: mi ama y su hermana os esperan.

ANTÍFOLO

Tan verdad como soy cristiano, quieres responderme ¿en qué lugar de seguridad has puesto mi dinero? Ó voy á romper tu atolondrada cabeza que se obstina en la broma cuando no estoy dispuesto á ello: ¿dónde están los mil fuertes que has recibido de mí?

DROMIO

He recibido de vos algunos fuertes en la cabeza, algunos otros de mi ama sobre las espaldas, pero nunca mil fuertes entre vosotros dos. Y si los devolviera á vuestra señoría, quizá no los soportaría en paciencia.

ANTÍFOLO

¡Los fuertes de tu ama! ¿Y qué ama tienes tú, esclavo?

DROMIO

La esposa de vuestra señoría, mi ama, que está en el Fénix; la que ayuna hasta que vengáis á comer, y que os ruega venir lo más pronto para sentarse á la mesa.

ANTÍFOLO

¡Cómo! ¿Quieres reírte en mi cara de mí de ese modo después de habértelo prohibido?... Toma, toma esto, pícaro.

DROMIO

Eh! ¿Qué queréis decir, señor? En nombre de Dios, tened vuestras manos tranquilas; ó si no, voy á pedir socorro á mis piernas.

(Dromio huye.)

ANTÍFOLO

Por vida mía, de una manera ú otra, este pícaro se habrá dejado escamotear todo mi dinero. Dícese que esta ciudad está llena de pillos, de escamoteadores listos, que engañan la vista; de hechiceros que trabajan en las sombras, y cambian el espíritu; de agoreras asesinas del alma, que deforman el cuerpo; de bribones disfrazados, de charlatanes y de mil otros criminales autorizados. Si es así, no partiré sino lo más pronto. Voy á ir al Centauro para buscar á este esclavo: temo mucho que mi dinero no esté en seguridad.

(Sale.)

Acto II.

Escena I.

Plaza pública.

Entran ADRIANA y LUCIANA.

ADRIANA

¡ mi marido, ni el esclavo á quien con tanta prisa envié á buscar á su amo, han vuelto. Luciana, son las dos.

LUCIANA

Quizás algún comerciante le habrá invitado, y habrá ido del mercado á comer á alguna parte. Querida hermana, comamos y no os agitéis. Los hombres son dueños de su libertad. El tiempo es el único dueño de ellos; y, según ven el tiempo, van ó vienen. Así, tomad paciencia, mi querida hermana.

ADRIANA

Eh! ¿Por qué ha de ser su libertad mayor que la nuestra?

LUCIANA

Porque sus quehaceres están siempre fuera del hogar.

ADRIANA

Y ved, cuando yo hago lo mismo lo toma á mal.

LUCIANA

¡Oh! Sabed que él es la brida de vuestra voluntad.

ADRIANA

No hay sino los asnos que se dejan embridar así.

LUCIANA

Una libertad obstinada es herida por la desgracia. Nada existe bajo el cielo, sobre la tierra, en el mar y en el firmamento, que no tenga sus límites.—Entre los animales, los peces y los pájaros alados, dominan los machos, y los demás están sujetos á su autoridad; los hombres, más cercanos de la divinidad, dueños de todas esas criaturas, soberanos del ancho mundo y de los vastos y turbulentos mares, dotados de alma y de inteligencia, de un rango más elevado que los peces y los pájaros, son los dueños de sus esposas y sus señores. Que vuestra voluntad sea, pues, sometida á sus acuerdos.

ADRIANA

¿Es esta esclavitud lo que os impide casaros?

LUCIANA

No, no es eso, sino los inconvenientes del lecho conyugal.

ADRIANA

Pero, si fueses casada, sería necesario soportar la autoridad.

LUCIANA

Antes de aprender á amar, quiero acostumbrarme á obedecer.

ADRIANA

¿Y si vuestro marido fuese á hacer alguna encartada á otra parte?

LUCIANA

Hasta que él hubiese vuelto á mí, yo tendría paciencia.

ADRIANA

Mientras la paciencia no está perturbada, no es maravilla que se tenga tranquila. Puede ser dulce quien no tenga otro motivo. Pedimos á una alma desgraciada, oprimida por la adversidad, que esté

tranquila cuando la oímos gemir. Pero si estuviéramos cargadas con el mismo peso de dolor, nos quejaríamos nosotros mismos tanto ó más aún. Así, tú que no tienes un marido duro que te aflija, pretendes consolarme instando una paciencia que no da ningún socorro; pero si vives suficiente para verte tratar como á mí, echarás pronto á un lado esta absurda paciencia.

LUCIANA

Vamos, quiero casarme algún día, aunque no sea sino para hacer la prueba.—Pero, he aquí á vuestro esclavo que vuelve; vuestro marido no está lejos. (*Entra Dromio de Éfeso.*)

ADRIANA

¡Y bien! ¿Tu tardío amo está ya cerca?

DROMIO

Verdaderamente, está á diez dedos de mí; lo cual pueden atestiguar mis orejas.

ADRIANA

Dime ¿le has hablado? ¿Sabes su intención?

DROMIO

Sí, sí; ha explicado su intención á mi oreja. Maldita sea su mano. ¡Trabajo he tenido para comprenderla!

LUCIANA

¿Ha hablado de una manera tan equívoca, que no hayas podido sentir su pensamiento?

DROMIO

¡Oh! ha hablado tan claro, que no he sentido sino demasiado bien sus golpes; y á pesar de esto tan confusamente, que apenas los he comprendido.

ADRIANA

Pero, te ruego decirme ¿está en camino para volver aquí? ¡Parece que se cuida bien de agradar á su esposa!

DROMIO

Ama, mi amo es seguramente del orden del creciente ¿estáis?

ADRIANA

¡Del orden del creciente, pícaro!

DROMIO

No quiero decir que sea deshonorado; pero ciertamente, es de todo punto lunático.—Cuando le he dado priesa de venir á comer, me ha pedido mil coronas en oro.—*Es hora de comer*, le he dicho.—*Mi oro*, ha respondido.—*Vuestras viandas se queman*, he dicho.—*Mi oro*, dijo.—¿*Váis á venir?* dije.—*Mi oro*, replicó, ¿*dónde están las mil coronas que te he dado, malvado?*—*El lechón*, dije, *está todo quemado*.—*Mi oro*, díjome.—*Mi ama, señor*, le dije.—¿*Que vaya tu ama á ahorcarse!* ¡*Yo no conozco ama!* ¡*Al diablo tu ama!*

LUCIANA

¿Quién ha dicho eso?

DROMIO

Es mi amo quien lo ha dicho. *No conozco*, dijo, *ni casa, ni esposa, ni ama*. De suerte que os traigo sobre mis espaldas el mensaje del cual mi lengua debía haber sido encargada; pues, para concluir, me ha dado golpes sobre ellas.

ADRIANA

Vuelve hacia él, miserable, y tráele al albergue.

DROMIO

Sí, vuelve hacia él, para hacerte enviar otra vez al albergue molido de golpes! ¡En nombre de Dios! Enviad algún otro mensajero.

ADRIANA

Vuelve á ir, esclavo, ó voy á abrirte la cabeza por en medio.

DROMIO

Y él bendecirá esta cruz con otros golpes. Entre ambos tendré una cabeza bien santa.

ADRIANA

Vete, rústico hablador; conduce tu amo á la casa.

DROMIO

¿Soy tan movable con vos, como lo sois conmigo, para que me echéis como una pelota? Vos me arrojáis de aquí y él me arrojará para acá. Si he de durar en este servicio, haríais bien en aforrarme de cuero. (*Sale.*)

LUCIANA

¡Vaya! ¡Cómo rebaja la impaciencia la expresión de vuestro rostro!

ADRIANA

¿Es necesario que halague con su compañía á sus favoritas, mientras que yo languidezco en el albergue y suspiro por una mirada afectuosa? ¿Ha desaparecido con la fealdad de los años la belleza seductora de mi pobre rostro? Entonces es él quien lo ha marchitado. ¿Es fastidiosa mi conversación, estéril mi ingenio? Si ya no tengo una conversación viva y picante, es su dureza, peor que la del mármol, lo que la ha embotado. ¿Atraen otras su afecto con brillantes aderezos? No es culpa mía: él es dueño de mis bienes. ¿Qué estragos hay en mí que no haya causado él? Sí, es él solo quien ha alterado mis facciones.—Una mirada suya animadora restauraría bien pronto mi belleza; pero él, ciervo indomable, salta las empalizadas y corre á buscar pasto lejos de su albergue. ¡Pobre desventurada! No soy ya para él sino un goce pasado.

LUCIANA

¡Celos con que te atormentas tú misma! ¡Ea, pues! arrójalos de ti.

ADRIANA

Sólo idiotas insensibles pueden prescindir de semejantes agravios. Sé que sus ojos llevan á otra parte su homenaje; si no ¿qué causa le impediría estar aquí? Hermana, sabéis que me ha prometido una cadena.—¡Pluguiera á Dios que esto fuese la sola cosa que me negara! No desertaría entonces de su lecho legítimo. Veo que la joya mejor esmaltada ha de perder su hermosura; que si el oro resiste largo tiempo al frotamiento, al fin se gasta con el roce; del mismo modo no hay hombre, que tenga un nombre sin que la falsedad y la corrupción lo degraden. Puesto que mi belleza no tiene encanto

á sus ojos, llorando consumiré lo que me queda de ella, y moriré en el llanto.

LUCIANA

¡Cuántas amantes insensatas se esclavizan á celos furiosos!

(Salen.)

Escena II.

Plaza pública.

Entra ANTÍFOLO de Siracusa.

ANTÍFOLO

El oro que remití á Dromio está colocado con seguridad en el Centauro, y el solícito esclavo ha ido á vagar por la ciudad en busca mía..... Según mi cálculo y la relación del hostelero, no ha podido hablar á Dromio desde que al principio lo envié del mercado..... Pero, hele aquí que viene. (*Entra Dromio de Siracusa*). ¡Y bien! señor, ¿habéis perdido vuestro buen humor? Ya que os agradan los golpes, no tenéis sino empezar de nuevo vuestra broma conmigo. ¿No conocéis el Centauro? ¿No habéis recibido el oro? ¿Vuestra ama os ha enviado á buscarme para comer? ¿Mi alojamiento era en el Fénix? ¿Has perdido la razón para darme respuestas tan descabelladas?

DROMIO

¿Qué respuestas, señor? ¿Cuándo os he hablado así?

ANTÍFOLO

Hace apenas un momento, aquí mismo; no hace media hora.

DROMIO

No os he visto desde que me habéis mandado de aquí al Centauro con el oro que me habíais confiado.

ANTÍFOLO

Pícaro, me has negado haber recibido este depósito, y me has hablado de una ama y de una comida, lo que me desagradaba demasiado, como habrás sentido, lo espero.

DROMIO

Estoy muy satisfecho de veros en vena de buen humor: pero ¿qué quiere decir esta broma? Os ruego, mi señor, que os expliquéis.

ANTÍFOLO

¡Qué! ¿quieres hacerme burla aún y provocarme de frente? ¿Piensas que chanco? Toma, toma esto y esto.

(Le golpea).

DROMIO

Parad, señor, ¡en nombre de Dios! Ya vuestro juego se vuelve de veras. ¿Por qué motivo me golpeais así?

ANTÍFOLO

¡Porque te tomo familiarmente algunas veces por mi bufón, y converso contigo, tu insolencia se burlará de mi afecto é interrumpirá libremente mis horas serias! Cuando brilla el sol retocen los moscones; pero desde que oculta sus rayos escúrranse en los agujeros de las paredes. Cuando quieras bromear conmigo, estudia mi rostro y conforma tus modales á mi fisonomía, ó bien haré entrar á golpes este método en tu cabeza.

DROMIO

En mi cráneo, decís. Preferiría yo que fuese cabeza, no cráneo solo, si dejarais de magullarla; pero si seguís con estos golpes, será necesario procurarme un cráneo para cubrir mi cabeza y ponerla al abrigo, ó si no tendré que buscar mi entendimiento en mis espaldas. ¿Pero por gracia, señor, por qué me golpeais?

ANTÍFOLO

¿No lo sabes?

DROMIO

No sé nada, señor, sino que soy golpeado.

ANTÍFOLO

¿Quieres que te diga por qué?

DROMIO

Sí, señor, el por qué. Pues dícese que todo por qué tiene su por qué.

ANTÍFOLO

Desde luégo, porque has osado burlarte de mí. ¿Y por qué todavía? Por haber venido á burlarte una segunda vez.

DROMIO

¿Se ha golpeado alguna vez á un hombre tan mal á propósito, cuando en el por qué y en el por qué no hay concordancia ni razón?—Vamos, señor, os doy gracias.

ANTÍFOLO

Me das gracias, y á propósito ¿de qué?

DROMIO

¡Ah! señor, porque me habéis dado algo por nada.

ANTÍFOLO

Te lo pagaré pronto, dándote nada por algo.—Pero dime, ¿es la hora de comer?

DROMIO

No, señor; creo que á la comida le falta de lo que yo tengo.

ANTÍFOLO

Vamos, ¿de qué?

DROMIO

De salsa.

ANTÍFOLO

¡Bien! Entonces estará seca.

DROMIO

Si es así, señor, os ruego no probarla.

ANTÍFOLO

¿Y la razón?

DROMIO

De miedo de que os haga encolerizaros y me valga otra salsa de palos.

ANTÍFOLO

Vamos, aprende á chancear á propósito. Cada cosa á su tiempo.

DROMIO

Habría osado negarlo antes que os hubiéseis puesto tan enojado.

ANTÍFOLO

¿Según qué regla?

DROMIO

¡Diablos, señor! Según una regla tan llana como la cabeza calva del viejo padre Tiempo en persona.

ANTÍFOLO

Veámosla.

DROMIO

No hay ocasión de que recobre sus cabellos el hombre que se pone naturalmente calvo.

ANTÍFOLO

¿No puede recobrarlos por multa y recobros?

DROMIO

Sí, pagando multa por llevar peluca, y recobrando de los cabellos que ha perdido otro hombre.

ANTÍFOLO

¿Por qué el tiempo escatima tanto los cabellos, puesto que son una secreción tan abundante?

DROMIO

Porque es un dón que prodiga á los animales; y lo que quita á los hombres en cabellos se lo devuelve en cordura.

ANTÍFOLO

¡Cómo! Si existen hombres que tienen más cabellos que entendimiento!

DROMIO

Ninguno de esos hombres tiene el talento de perder los cabellos.

ANTÍFOLO

¡Pues qué! has dicho ahora poco que los hombres de abundantes cabellos son buenas gentes sin ingenio.

DROMIO

Cuanto más simple es un hombre, tanto más pronto los pierde. Sin embargo, los pierde con una especie de alegría.

ANTÍFOLO

¿Por qué razón?

DROMIO

Por dos razones, y dos buenas.

ANTÍFOLO

Te ruego no digas *buenas*.

DROMIO

Entonces por dos razones seguras.

ANTÍFOLO

No, no seguras, en una cosa falsa.

DROMIO

Entonces por dos razones ciertas.

ANTÍFOLO

Preséntalas.

DROMIO

Una, para economizar el dinero que le costarían sus rizos; otra, á fin de que en la comida sus cabellos no caigan en la sopa.

ANTÍFOLO

Deberías haber probado en todo este tiempo que no hay tiempo para todo.

DROMIO

Y así lo he hecho, señor, probando que no hay tiempo para recobrar los cabellos que se han perdido naturalmente.

ANTÍFOLO

Pero no has dado una razón sólida para probar que no hay tiempo alguno para recobrarlos.

DROMIO

Voy á remediarlo de este modo. El Tiempo mismo es calvo; así, pues, hasta el fin del mundo tendrá un séquito de hombres calvos.

ANTÍFOLO

Sabía que la conclusión sería calva. Pero despacio, ¿quién nos hace señas allá abajo?

(Entran Adriana y Luciana.)

ADRIANA

Sí, sí, Antífolo; tienes una expresión extraña y adusta: guardas tus dulces miradas para alguna otra querida: no soy más tu Adriana, tu esposa. Hubo un tiempo en que sin exigírtelo jurabas que ninguna habla era una música á tu oído sino el sonido de mi voz; ningún objeto tan encantador á tus ojos como mis miradas; ningún tacto más lisonjero para tu mano que el de la mía; ningún manjar delicioso que te agradase sino los que yo te servía. Cómo sucede hoy, esposo mío, ¡oh! cómo sucede que te hayas alejado tanto de ti mismo? Sí; digo alejado de ti mismo, porque lo estás de mí; que, siendo incorporada á ti, inseparable de ti, soy más que la mejor y más amada parte de ti mismo. ¡Ah! no te arranques de mi lado; pues créeme, mi bien amado, que te sería tan fácil dejar caer una gota de agua en el Océano y recogerla en seguida sin mezcla, sin adición, ni disminución alguna, como separarte de mí sin arrastrarme contigo también. ¡Oh! ¿cómo heriría tu corazón en lo más vivo, si oyeras solamente decir que soy infiel, y que este cuerpo, consagrado á ti, es manchado por una grosera voluptuosidad? ¿No me escupirías el rostro? ¿No me arrojarías? ¿No me echarías en cara el nombre de marido? ¿No desgarrarías la piel teñida de mi frente de cortesana? ¿No arrancarías el anillo nupcial de mi mano pérfida? ¿Y no le destrozarías con el juramento del divorcio? Sé que no lo puedes: ¡y bien! hazlo desde este momento..... Estoy cubierta con una mancha adúltera; mi sangre está manchada con el crimen de la prostitución; pues si los dos no formamos sino una sola carne y tú eres infiel, recibo el veneno mezclado en tus venas y quedo prostituída por tu contagio.—Sé, pues, constante y fiel á tu lecho legítimo. Entonces viviremos yo sin mancha y tú sin deshonor.

ANTÍFOLO

¿Es á mí á quien persuadís, bella dama? No os conozco. No ha sino dos horas que estoy en Éfeso, tan extranjero á vuestra ciudad como á vuestros discursos: y aunque tengo que emplear toda mi atención para estudiar cada una de vuestras palabras, no puedo comprender una sola de lo que decís.

LUCIANA

¡Vaya, hermano, cómo ha cambiado el mundo para vos! ¿Cuándo habéis tratado así á mi

—*¿Es á mí á quien persuadís, bella dama?*

hermana? Ella os ha enviado á buscar por Dromio para comer.

ANTÍFOLO

¿Por Dromio?

DROMIO

¿Por mí?

ADRIANA

Por ti. Y he aquí la respuesta que me has traído: que él te había abofeteado, y que al hacerlo había renegado mi casa por suya y á mí por su esposa.

ANTÍFOLO

¿Habéis hablado á esta dama? ¿Cuál es, pues, el giro y el fin de vuestra intriga?

DROMIO

Yo, señor, no la he visto jamás hasta este momento.

ANTÍFOLO

Mientes, bellaco; pues me has repetido en la plaza las propias palabras que acabas de decir.

DROMIO

Jamás en mi vida le he hablado.

ANTÍFOLO

¿Cómo sucede, pues, que nos llama por nuestros nombres, á menos que no sea por inspiración?

ADRIANA

¡Qué mal sienta á vuestra gravedad fingir tan groseramente, de acuerdo con vuestro esclavo, y excitarlo á que me contraríe! Sea mía la culpa y que de ella no os toque parte alguna; pero no os hagáis culpable hacia esa culpa añadiendo todavía mayor desprecio. Vamos, voy á coger tu brazo: tú eres el olmo, esposo mío, y yo soy la vid, cuya debilidad unida á tu fuerza me da algo de tu vigor; si algún objeto te desliga de mí, no puede ser sino una vil planta, una yedra usurpadora ó un musgo inútil que, creciendo sin cultivo, penetra en tu savia, la infecta y vive á expensas de tu honor.

ANTÍFOLO

¡Es á mí á quien habla! Me toma por tema de sus discursos. ¡Qué! ¿La habré desposado en sueños, ó estoy dormido en este momento y me imagino oír todo esto? ¿Qué error engaña nuestros oídos y nuestros ojos? Hasta que haya aclarado esta incertidumbre quiero entretener el error que se me ofrece.

LUCIANA

Dromio, vé á decir á los criados que sirvan la comida.

DROMIO

¡Oh! ¡Si yo tuviese mi rosario! Me santiguo como pecador. Este es el país de las hadas. ¡Oh enigma de los enigmas! Hablamos á fantasmas, á buhos, á espíritus fantásticos. Si no les obedecemos, he aquí lo que sucederá: nos chuparán la sangre ó nos pellizcarán hasta ponernos azules y negros.

LUCIANA

¿Qué refunfuñas ahí á tus solas en lugar de responder? Dromio, zángano, caracol, holgazán, imbécil.

DROMIO

Estoy metamorfoseado, amo; ¿no es verdad?

ANTÍFOLO

Creo que lo estás en tu alma, y que yo también lo estoy.

DROMIO

Todo, á fe, amo mío, alma y cuerpo.

ANTÍFOLO

Tú conservas tu propia forma.

DROMIO

No: soy un mono.

LUCIANA

Si en algo te has convertido, es en asno.

DROMIO

Eso es verdad: yo la llevo á cuestras y estoy ansioso de pacer. No hay duda; soy un asno. ¿De qué otro modo podría ser que la conociese yo tan bien como ella me conoce?

ADRIANA

Vamos, vamos, no quiero ser tan necia que me ponga el dedo en el ojo y llore, mientras que el criado y el amo ríen y se burlan de mis males. Vamos, señor, venid á comer: Dromio, cuida la puerta. Esposo mío, hoy comeré arriba con vos y os obligaré á hacer confesión de mil travesuras. Oye, bellaco; si alguien viniere á preguntar por tu amo, dirás que come fuera y no dejarás entrar alma viviente. Venid, hermana. Dromio, haz bien tu papel de portero.

ANTÍFOLO

¿Estoy en la tierra, en el cielo ó en el infierno? ¿Estoy dormido ó despierto, loco ó en mi buen sentido? Conocido de éstas y disfrazado para mí mismo. Diré lo que digan ellas, lo sostendré con perseverancia y en esta niebla me dejaré llevar á todas las aventuras.

DROMIO

Amo, ¿serviré de portero?

ANTÍFOLO

Sí; no dejes entrar á nadie, si no quieres que te rompa la cabeza.

LUCIANA

Vamos, venid, Antífolo. Comemos demasiado tarde.

(Salen.)

Acto III.

Escena I.

Se ve la calle que pasa delante de la casa de Antífolo de Éfeso.

ANTÍFOLO de Éfeso, DROMIO de Éfeso, ANGELO y BALTA-SAR.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

i buen señor Angelo, es necesario que nos excuséis á todos: mi mujer se pone de mal humor, cuando no llego á tiempo. Decid que me entretuve en vuestra tienda viendo trabajar en su cadena, y que mañana la llevaréis á la casa. Pero he aquí un canalla que quiere sostener en mi presencia que me ha alcanzado en la plaza, que le he golpeado, que le he confiado mil marcos en oro, y que he renegado de mi casa y mi esposa.—¿Qué quisiste decirme con esto, grandísimo borracho?

DROMIO DE ÉFESO

Decid lo que queráis, señor; pero yo sé lo que sé. Guardo todavía las señales de vuestra mano para probar que me habéis golpeado en la plaza. Si mi piel fuese un pergamino y vuestros golpes tinta, vuestra propia escritura atestiguaría lo que digo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Yo, digo que eres un asno.

DROMIO DE ÉFESO

Por cierto que así parece por los malos tratos que recibo y por los golpes que sufro. Debería responder á un puntapié con una coz, y entonces os guardaríais de mis cascos y tendríais cuidado con el asno.

ANTÍFOLO

Estáis triste, señor Baltasar. Ruego á Dios que nuestro banquete responda á mi buena voluntad y á la buena acogida que recibiréis aquí.

BALTASAR

Doy poco valor á vuestro banquete, señor, al lado del alto valor de vuestra buena acogida.

ANTÍFOLO

¡Oh! señor Baltasar, sea carne ó pescado, una mesa llena de buena acogida hace parecer pobre el plato más exquisito.

BALTASAR

La buena vianda es común, señor; se encuentra hasta en la mesa de todos los rústicos.

ANTÍFOLO

Y una buena acogida es aún más común; porque no es nada sino palabras.

BALTASAR

Mesa parca y buena acogida hacen una alegre fiesta.

ANTÍFOLO

Sí, para un huésped avaro y un convidado aún más mezquino. Pero, aunque mis provisiones sean exiguas, aceptadlas de buena gracia: podéis encontrar mejor festín, pero no ofrecido más de corazón.— Pero despacio, mi puerta está cerrada. (*Á Dromio.*) Vé á decir que se nos abra.

DROMIO

(*Llamando.*) Hola, Magdalena, Brígida, Mariana, Cecilia, Giulietta, Juana.

DROMIO DE SIRACUSA

(*Dentro.*) Silencio, caballo de noria, capón, gañán, idiota! Aléjate de la puerta ó siéntate en el umbral. ¿Andas reclutando mozas que así llamas tal surtido de ellas, cuando con una sola hay ya una de más? Vamos, vete de esta puerta.

DROMIO DE ÉFESO

¿Qué belitre nos han dado de portero?—Mi amo espera en la calle.

DROMIO DE SIRACUSA

Que se marche por donde vino, no sea que coja frío en los piés.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quién habla ahí dentro? ¡Hola! abrid la puerta.

DROMIO DE SIRACUSA

Bien, señor; os diré el cuándo si me decís para qué!

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Para qué? Para sentarme á comer; no he comido hoy.

DROMIO DE SIRACUSA

Ni comeréis hoy aquí; volved cuando podáis.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quién eres para cerrarme la puerta de mi casa?

DROMIO DE SIRACUSA

Soy portero por el momento, señor, y mi nombre es Dromio.

DROMIO DE ÉFESO

¡Ah! bandido! me has robado á la vez mi empleo y mi nombre. El uno no me ha dado jamás honra y el otro me ha traído amargos reproches. Si hubieses sido Dromio hoy y hubieses estado en mi lugar, habrías cambiado con gusto tu facha por un nombre, ó tu nombre por un asno.

LUCÍA

(*Del interior de la casa.*) ¿Qué barullo es ese? ¿Dromio, qué gente es esa que está en la puerta?

DROMIO DE ÉFESO

Lucía, haz entrar á mi amo.

LUCÍA

No, ciertamente: viene demasiado tarde; puedes decírselo á tu amo.

DROMIO DE ÉFESO

¡Santo Dios! Es necesario que ría.—Á vos el proverbio. ¿Debo colocar mi bastón?

LUCÍA

Y á vos este otro; quiere decir ¿cuándo? ¿Podéis decirlo?

DROMIO DE SIRACUSA

Si tu nombre es Lucía, Lucía le has respondido bien.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Oyes, tontuela? ¿Espero que nos dejarás entrar?

LUCÍA

Pensaba habéroslo preguntado.

DROMIO DE SIRACUSA

Y habéis dicho que no.

DROMIO DE ÉFESO

Vamos, bien, bien contestado; es golpe por golpe.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Ea! maula, déjame entrar.

LUCÍA

¿Podrías decir para agradar á quién?

DROMIO DE ÉFESO

Señor, golpead fuerte en la puerta.

LUCÍA

Que golpee, hasta que le duela á la puerta.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Te lo haré pagar caro, aunque tenga que echar abajo la puerta.

LUCÍA

¿Quién se antoja de eso y de un cepo de piés en la ciudad?

ADRIANA

(*En el interior de la casa.*) ¿Quién hace tanto ruido en la puerta?

DROMIO DE SIRACUSA

Bajo mi palabra, que vuestra ciudad está embarullada por mozos turbulentos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Estáis ahí, esposa mía? Podíais haber venido un poco más pronto.

ADRIANA

¿Vuestra esposa, señor bribón? Ea! Marchaos de esta puerta.

DROMIO DE ÉFESO

Si tenéis que sufrir, señor, ese bribón no quedará bueno y sano.

ANGELO

(*Á Antífolo de Éfeso.*) Aquí no hay ni mesa puesta, ni buena acogida; ya quisiéramos tener una ú otra.

BALTASAR

Discutiendo lo que se debe hacer, no perderemos una ni otra.

DROMIO DE ÉFESO

(*Á Antífolo.*) Estos señores están en la puerta, mi amo; decidles pues, que entren.

ANTÍFOLO

Algo de sospechoso sucede cuando no podemos entrar.

DROMIO DE ÉFESO

Vuestra sopa está caliente, adentro; y vos quedáis aquí expuesto al frío. Hay para poner á un hombre furioso como un gamo, cuando es engañado y burlado de este modo.

ANTÍFOLO

Vé á traer alguna cosa para derribar la puerta.

DROMIO DE SIRACUSA

Romped alguna cosa aquí, y yo romperé vuestra cabeza de bribón.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Vamos, quiero entrar por fuerza; vé á traer una grúa.

DROMIO DE ÉFESO

¿Una grúa sin plumas, señor, es lo que queréis decir? Para un pez sin nadaderas, hé aquí un pájaro sin plumas; si un pájaro puede hacernos entrar, tunante, desplumaremos un cuervo.

ANTÍFOLO

Vé pronto á buscarme una grúa de hierro.

BALTASAR

Tened paciencia, señor. ¡Oh! No lleguéis á tal extremidad. Hacéis mal á vuestra reputación y vais á poner al alcance de las sospechas el honor immaculado de vuestra esposa. Una palabra más. Vuestra larga experiencia de su sensatez, de su casta virtud, de sus años y de su modestia alegan en su favor alguna razón que os es desconocida; no dudéis, señor; ella os explicará por qué se encuentran hoy cerradas para vos las puertas; dejaos guiar por mí, apartaos de este lugar con paciencia y vamos á comer juntos á la hostería del Tigre, y al caer la tarde volved solo para saber la razón de esta extraña sorpresa. Si queréis entrar por fuerza en medio del movimiento del día, se suscitarán sobre esto los comentarios del vulgo. Las suposiciones injuriosas á vuestra reputación, sin mancha aún, se deslizarán hasta vuestra tumba y se albergarán sobre ella cuando ya no existáis. La calumnia vive de herencias y se establece para siempre allí donde penetra una vez.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Habéis prevalecido. Voy á retirarme tranquilamente, y á despecho de la alegría, pretenderé estar alegre. Conozco una moza de humor encantador, bonita y espiritual, un poco extravagante, y, sin embargo, benigna. Comeremos allí; mi esposa me ha movido querella muy á menudo por ese motivo, pero inmerecidamente lo protesto. Iremos á comer donde ella. Volved á vuestra casa y traed la cadena. Sé que ha de estar terminada á esta hora. Llevadla, os lo ruego, al Puerco-espín, que es la casa. Voy á regalar esta cadena á mi hostelera, aunque no sea sino para hacer rabiar á mi esposa; querido amigo, daos prisa; puesto que mi esposa me cierra las puertas, iré á llamar á otra parte y veremos si me rechaza del mismo modo.

ANGELO

Iré á encontraros á esta cita dentro de una hora.

ANTÍFOLO

Hacedlo; esta broma me costará algún gasto.

Escena II.

La casa de Antífolo de Éfeso.

LUCIANA aparece con ANTÍFOLO de Siracusa.

LUCIANA

¡Ah! ¿Es posible que hayáis olvidado completamente los deberes de un marido? Qué, Antífolo, ¿vendrá el odio desde la primavera del amor á corromper los primeros brotes de vuestro amor? ¿El edificio empezado á fabricar por el amor amenazará ruina desde ahora? Si habéis desposado á mi hermana por su riqueza, al menos, por consideración á ésta, tratadla con más bondad. Si amáis en otra parte, hacedlo en secreto; ocultad vuestro amor pérfido con alguna apariencia de misterio y que mi hermana no lo lea en vuestros ojos. Que vuestra lengua no sea heraldo de vuestra vergüenza; el aspecto afable, las palabras honestas convienen á la deslealtad; revestid al vicio con la librea de la virtud; conservad la actitud de la inocencia, aunque vuestro corazón sea culpable; enseñad al crimen á llevar el exterior de la santidad; sed pérfido en silencio. ¿Qué necesidad hay

de que ella sepa nada? ¿Qué ladrón es tan torpe que se jacte de su propio delito? Es doble injuria abandonar vuestro lecho y hacerlo comprender en la mesa por vuestro aspecto. Hay para el vicio una especie de buena fama bastarda cuando se le maneja con habilidad. Las malas acciones se duplican con las malas palabras. ¡Ah! ¡Pobres mujeres! Puesto que es fácil engañarnos, hacednos creer á lo menos que nos amáis. Si otras tienen el brazo, mostradnos al menos la manga; estamos avasalladas á todos vuestros movimientos y nos hacéis mover como queréis. Vamos, querido hermano, entrad en casa; consolad á mi hermana, regocijadla, llamadla vuestra esposa. Es una mentira santa el faltar un poco á la sinceridad, cuando la dulce voz de la lisonja subyuga á la discordia.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Amada señora (pues no conozco vuestro nombre ni sé por qué prodigio habéis podido acertar con el mío), vuestra inteligencia y vuestra gracia hacen de vos nada menos que una maravilla del mundo. Sois una criatura divina; enseñadme lo que debo pensar, lo que debo decir. Manifestad á mi inteligencia grosera, terrena, ahogada por los errores, débil, ligera y superficial, el sentido del enigma oculto en el disfraz de vuestras palabras. ¿Por qué trabajáis contra la sencilla rectitud de mi alma para hacerla vagar por un campo desconocido? ¿Sois un dios? ¿Queríais crearme de nuevo? Transformadme, pues, y cederé á vuestro poder. Pero si soy yo mismo, sé bien entonces que vuestra llorosa hermana no es mi esposa ni debo homenaje alguno á su lecho. Mucho más, mucho más arrastrado me siento hacia vos. ¡Ah! No me atraigas con tus cantos, dulce sirena, para ahogarme en la corriente de las lágrimas de tu hermana. Canta, sirena, para ti misma y te adoraré; extiende sobre la onda plateada tus dorados cabellos y serás el lecho donde me recline. Si tal gloria fuese posible, ¡dichoso aquel que muriera teniendo semejante modo de morir! Que el amor, este sér ligero, se ahogue, si se hunde bajo las aguas.

LUCIANA

¡Qué! ¿Estáis loco para discurrir de esta manera?

ANTÍFOLO

No, no estoy loco; estoy subyugado, no sé cómo.

LUCIANA

Es una ilusión de vuestros ojos.

ANTÍFOLO

Por haber visto de cerca vuestros rayos, brillante sol.

LUCIANA

No veáis sino lo que debéis ver, y vuestra vista se despejará.

ANTÍFOLO

Tanto vale cerrar los ojos, dulce amor, como abrirlos en la oscuridad.

LUCIANA

¡Qué! ¿Me llamáis amor? Dad ese nombre á mi hermana.

ANTÍFOLO

Á la hermana de vuestra hermana.

LUCIANA

Queréis decir mi hermana.

ANTÍFOLO

No: sino tú misma; tú, la mejor mitad de mi sér; la pura luz de mis pupilas; el caro corazón de mi corazón; mi alimento, mi fortuna y el único anhelo de mi tierna esperanza; tú, mi cielo en la tierra, toda mi ambición en el cielo.

LUCIANA

Mi hermana es todo esto, ó al menos, debería serlo.

ANTÍFOLO

Toma tú misma el nombre de hermana, mi bien amada, pues es á ti á quien aspiro: es á ti á quien quiero amar; es contigo con quien quiero pasar mi vida. No tienes esposo aún, ni yo tengo aún esposa. Dame tu mano.

LUCIANA

¡Oh! Poco á poco, señor: esperad, voy á traer á mi hermana para pedirle su consentimiento.

(Sale Luciana.—Entra Dromio de Siracusa.)

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¡Y bien! ¿Qué ocurre, Dromio? ¿Á dónde corres tan aprisa?

DROMIO

¿Me conocéis, señor? ¿Soy Dromio? ¿Soy vuestro criado? ¿Soy yo, yo mismo?

ANTÍFOLO

Eres Dromio, eres mi criado, eres tú mismo.

DROMIO

Soy un asno, soy el hombre de una mujer, y todo esto sin ser yo parte en ello.

ANTÍFOLO

¿Cómo! ¿El hombre de qué mujer? ¿Y cómo sin que seas parte en ello?

DROMIO

Á fe mía, señor, que sin saber cómo pertenezco á una mujer; á una mujer que me reivindica; á una mujer que me persigue; á una mujer que está resuelta á tenerme.

ANTÍFOLO

¿Qué derechos alega sobre tí?

DROMIO

¡Ah! señor, el derecho que alegaríais sobre vuestro cabello; pretende poseerme como á una bestia de carga: no que quiera tenerme por ser yo una bestia, sino que siendo ella una criatura enteramente bestial, quiere tener derechos sobre mí.

ANTÍFOLO

¿Quién es ella?

DROMIO

Un cuerpo muy venerable: sí, uno del cual un hombre no puede hablar sin decir: «Muy reverendo señor.» Bien flaca suerte me cabría en esta unión, y sin embargo, es un casamiento maravillosamente gordo.

ANTÍFOLO

¿Qué quieres decir por un casamiento maravillosamente gordo?

DROMIO

¡Oh! sí, señor: es la moza de cocina, y con más grasa que piel. Ni se me ocurre lo que podré hacer con ella, á menos que sea hacerla arder como una lámpara para escaparme lejos á favor de su propia claridad. Garantizo que los andrajos con que se viste y el sebo de que están impregnados calentarían el invierno de Polonia: y si viviese hasta el juicio final, podría arder una semana más que el mundo entero.

ANTÍFOLO

¿Cuál es el color de su rostro?

DROMIO

Prieto como el cuero de mis zapatos, pero está lejos de tener la cara como ellos. ¿Por qué? Porque suda de modo que un hombre tendría que calzar zuecos para andar sobre esa mugre.

ANTÍFOLO

Esa es una falta que el agua puede corregir.

DROMIO

No, señor, está dentro de la piel: el diluvio de Noé no llegaría á limpiarla.

ANTÍFOLO

¿Cuál es su nombre?

DROMIO

Ana, señor; pero su nombre y tres cuartos, quiero decir, una ana y tres cuartos no bastarían para medirla de un cuadril al otro.

ANTÍFOLO

¿Mide, pues, algún ancho?

DROMIO

No es más larga de la cabeza á los piés que ancha de un cuadril á otro. Es esférica como un globo; podría marcar los países sobre ella.

ANTÍFOLO

¿En qué parte de su cuerpo está la Irlanda?

DROMIO

Á fe mía, señor, en las nalgas: lo he reconocido por las aguas cenagosas.

ANTÍFOLO

¿En dónde la Escocia?

DROMIO

Lo he reconocido por lo ávida: está en la palma de la mano.

ANTÍFOLO

¿Y la Francia?

DROMIO

Sobre su frente, armada y volteada, y en guerra con sus cabellos.

ANTÍFOLO

¿Y la Inglaterra?

DROMIO

He buscado las rocas de yeso: pero no he podido reconocer en ellas ninguna blancura; conjeturo que podrá hallarse sobre la barba, según el flujo salobre que corría entre ella y la Francia.

ANTÍFOLO

¿Y la España?

DROMIO

Á fe mía que no la he visto; pero la he sentido en el calor de su aliento.

ANTÍFOLO

¿Dónde están las Américas y las Indias?

DROMIO

¡Oh! señor, en su nariz; completamente adornada de rubíes, escarbunclos y zafiros, é inclinando su rico aspecto hacia el cálido aliento de la España que enviaba flotas enteras á cargar lastre en su nariz.

ANTÍFOLO

¿Dónde estaban la Bélgica y los Países Bajos?

DROMIO

¡Oh! señor; no he estado á ver tan abajo. Para concluir: este limpión ó bruja ha reclamado sus derechos sobre mí, me ha llamado Dromio, ha jurado que estaba comprometido con ella, me ha dicho las señales particulares que tenía en el cuerpo, por ejemplo, la mancha que tengo en la espalda, el lunar que hay en mi cuello, la gran berruga que tengo en el brazo izquierdo; de modo que, absorto y confundido, he huído lejos de ella, como de una bruja. Y creo que si mi pecho no hubiese estado tan lleno de fe y mi corazón tan templado como el acero, me habría metamorfoseado en perro rabón ó me habría hecho dar vueltas al asador.

ANTÍFOLO

Vete, márchate en seguida; corre al gran camino: si el viento sopla de cualquier modo de la playa, por poco que sea, no quiero pasar la noche en esta ciudad. Si hay alguna barca lista á darse á la vela, vuelve al mercado donde me estaré paseando hasta que vuelvas. Si todo el mundo nos conoce, no conociendo nosotros á nadie, parece-me que es tiempo de alistar el equipaje y partir.

DROMIO

Como huiría un hombre para salvar de las garras de un oso su vida, así huyo yo de esa que pretende ser mi esposa.

ANTÍFOLO

En este país no habitan sino brujas, y por consiguiente debía ya haberme ido. Mi corazón aborrece la que me llama su marido; pero su encantadora hermana posee gracias maravillosas y soberanas; su aire y sus discursos son tan encantadores que casi me he hecho traición á mí mismo. Y para no causar yo mi propio daño, taparé mis oídos ante los cantos de la sirena.

(Entra Angelo).

ANGELO

¿Señor Antífolo?

ANTÍFOLO

Sí, ese es mi nombre.

ANGELO

Lo sé bien, señor. Tomad, he aquí vuestra cadena. Creía encontraros en el «Puerco-espín: la cadena no estaba terminada aún; es lo que me ha retardado tanto tiempo.

ANTÍFOLO

¿Qué queréis que haga de esto?

ANGELO

Lo que gustéis, señor; la he hecho para vos.

ANTÍFOLO

¡Hecha para mí, señor!—No os la he ordenado.

ANGELO

No una vez, no dos veces, sino veinte veces. Id á vuestro alojamiento y haced la corte á vuestra esposa con este regalo; y luégo, á la hora de cena, volveré á veros y á recibir el importe de mi cadena.

ANTÍFOLO

Os ruego, señor, que recibáis el dinero al instante, no sea que no volváis á ver ni cadena ni dinero.

ANGELO

Sois jovial, señor; adios, hasta luégo.

(Sale.)

ANTÍFOLO

Me sería imposible decir lo que debo pensar de todo esto; pero lo que sé muy bien, al menos, es que no existe hombre tan tonto para despreciar, cuando se le ofrece, una cadena tan hermosa. Veo que aquí un hombre no necesita atormentarse para vivir, puesto que se hacen en las calles tan ricos presentes. Voy á ir á la plaza del mercado á esperar allí á Dromio; si algún buque se hace á la vela, parto en seguida.

Acto IV.

Escena I.

La escena pasa en la calle.

UN MERCADER, ANGELO, UN OFICIAL DE JUSTICIA.

EL MERCADER

A Angelo.

abéis que se debe la cantidad desde Pentecostés, y que desde ese tiempo no os he importunado mucho; ni lo haría aun hoy mismo si no partiese para Persia y no tuviese necesidad de guilder para mi viaje; así satisfacedme inmediatamente, ú os hago prender por este oficial.

ANGELO

Exactamente la misma cantidad de que os soy deudor, me es debida por Antífolo; y en el instante en que os he encontrado, acababa de entregarle una cadena. Á las cinco recibiré su precio: hacedme el placer de venir conmigo hasta su casa, donde os pagaré mi obligación, y os daré las gracias.

(Entran Antífolo de Éfeso y Dromio de Éfeso.)

EL OFICIAL

(*Apercibiéndoles, á Angelo.*) Podéis evitaros la molestia: mirad, he aquí que llega.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Mientras voy á casa del platero, vé, tú, á comprar un pedazo de cuerda; quiero servirme de ella para mi esposa y sus cómplices, por haberme cerrado la puerta en pleno día.—¡Pero despacio! Veo al platero.—Véte; compra una sogá y tráemela á casa.

(Sale.)

DROMIO DE ÉFESO

¡Ah! ¡Voy á comprar una sogá!

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Muy lucido queda un hombre cuando cuenta con vos! Había prometido vuestra visita y la cadena; pero no he visto ni cadena ni platero. Probablemente pensasteis que mi amor á mi esposa duraría demasiado tiempo si lo encadenabais; y por tanto, no habéis venido.

ANGELO

Con permiso de vuestro jovial humor, he aquí la cuenta del peso de vuestra cadena, hasta el último quilate, la ley del oro y el precio de la hechura: todo lo cual importa tres ducados más que lo que debo á este señor.—Os ruego, me hagáis el favor de cancelarme con él desde luego, pues está próximo á embarcarse y no espera sino esto para partir.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No traigo conmigo la cantidad necesaria; por otra parte, tengo algunos negocios en la ciudad.—Conducid á este extranjero á mi casa; llevad con vos la cadena, y al entregarla á mi esposa, decidle que salde la suma; quizás estaré allí al mismo tiempo que vos.

ANGELO

¿Entonces llevaréis la cadena vos mismo?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No; tomadla con vos; no sea que yo llegue tarde.

ANGELO

Vamos, señor, está bien. ¿La tenéis con vos?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Si no la tengo, es porque vos la tenéis; sin lo cual, podríais volveros sin vuestro dinero.

ANGELO

Vamos, señor, os ruego que me déis la cadena. El viento y la marea esperan á este caballero y tengo que reprocharme el haberle retenido aquí tanto tiempo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Señor mío, os valéis de este pretexto para excusar vuestra falta de palabra, al no haberla llevado al Puerco-Espín; es á mí á quien toca regañaros por esto. Pero, á fuer de astuto, principiáis por ser el primero en querellarse.

EL MERCADER

La hora avanza. Señor, os ruego que os déis prisa.

ANGELO

¿Véis cómo me importuna...? Pronto, la cadena.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Y bien! Llevadla á mi esposa, y recibid vuestro dinero.

ANGELO

Vamos, vamos; sabéis que os la he dado hace un momento. Enviad la cadena, ó entregadme alguna prenda.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Veo que lleváis la broma hasta el exceso. Veamos, ¿dónde está la cadena? Dejadme verla.

EL MERCADER

Mis asuntos no permiten estas tardanzas; caro señor, decidme si queréis satisfacerme ó no; si no queréis, voy á dejar á este señor entre las manos del oficial.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Yo, satisfaceros? ¿Y con qué satisfaceros?

ANGELO

Dando el dinero que me debéis por la cadena.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No os debo nada, mientras no la haya recibido.

ANGELO

¡Ah! Sabéis que os la he entregado hace media hora.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No me habéis dado ninguna cadena: mucho me ofendéis diciéndome esto.

ANGELO

Vos, señor, me ofendéis mucho más negándolo. Considerad cuánto interesa esto á mi crédito.

EL MERCADER

Vamos, oficial, prendedlo sobre mi demanda.

EL OFICIAL

á Angelo.

Os prendo y os intimo obedecer en nombre del duque.

ANGELO

Esto compromete mi reputación. (*Á Antífolo.*) Ó consentís en pagar la suma á mi saldo, ú os hago prender por este mismo oficial.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Consentir en pagar una cosa que no he recibido, jamás! Préndeme, loco, si te atreves.

ANGELO

He aquí los gastos. Prendedle, señor oficial... No perdonaría á mi hermano en semejante caso, si me insultaba con tanto desprecio.

EL OFICIAL

Os prendo, señor; oís la requisición.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Te obedezco, hasta que te dé caución. (*A Angelo.*) Bribón, me pagarás esta broma con todo el oro que puede haber en tu tienda.

ANGELO

Señor, no dudo que obtendré justicia en Éfeso, para vergüenza vuestra.

(*Entra Dromio de Siracusa.*)

DROMIO

Señor, hay una barca de Epidauro que no espera sino que llegue á bordo el armador, y se dará á la vela en seguida. He embarcado nuestro equipaje; he comprado aceite, bálsamo y aguardiente. El navío está aparejado; un buen viento sopla alegremente de tierra y no se espera sino al armador y á vos, señor.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Qué! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué quieres decir, imbécil? ¿Qué barco de Epidamno me espera á mí, pícaro?

DROMIO

El barco al cual me habéis enviado para tomar nuestro pasaje.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Esclavo ebrio, te he enviado á buscar una sogá, y te he dicho para qué y lo qué quería hacer con ella.

DROMIO

Es como si dijerais que me habíais enviado á ahorcarme. Me habéis enviado á la bahía, señor, á buscar un buque.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Examinaré este asunto más despacio y enseñaré á tus orejas á escucharme con más atención. Vé, pues, derecho á casa de Adriana, pillo, dale esta llave y dile que en el pupitre que está cubierto con una alfombra de Turquía, hay una bolsa llena de ducados; que me la mande; dile que me han prendido en la calle y que este dinero será una caución: corre pronto, esclavo: parte. Vamos, oficial, os sigo á la cárcel, hasta que vuelva el criado. (*Salen.*)

DROMIO

solo

¡Á casa de Adriana! Quiere decir á casa de aquella donde hemos comido, donde Dulcebella me ha reclamado por marido: es demasiado gorda para que yo alcance á abrazarla; pero es preciso que vaya, aunque contra mi voluntad: pues es necesario que los criados ejecuten las órdenes de sus amos.

(*Sale.*)

Escena II.

La escena pasa en la casa de Antífolo de Éfeso.

ADRIANA y LUCIANA.

ADRIANA

¿Cómo, Luciana, te ha tentado hasta este punto? ¿Has podido leer cuidadosamente en sus ojos si sus exigencias eran serias ó no? ¿Estaba colorado ó pálido, triste ó alegre? ¿Qué observaciones has hecho en ese instante sobre los meteoros de su corazón que chispeaban en su rostro?

LUCIANA

Desde luégo, ha negado que tuviéseis derecho alguno sobre él.

ADRIANA

Quería decir que él obraba como si yo no tuviera ninguno. Por esto mismo estoy aún más indignada.

LUCIANA

En seguida me ha jurado que era extranjero aquí.

ADRIANA

Y ha jurado la verdad, pues ha perjurado de su hogar.

LUCIANA

Entonces he intercedido por vos.

ADRIANA

¡Y bien! ¿Qué ha dicho él?

LUCIANA

El amor que yo reclamaba para vos, lo ha implorado de mí para él.

ADRIANA

¿Con qué persuaciones ha solicitado tu ternura?

LUCIANA

En términos que hubiesen podido conmover, tratándose de una pretensión honrada. Primero ha elogiado mi belleza, en seguida mi inteligencia.

ADRIANA

¿Le has respondido como debías?

LUCIANA

Tened paciencia, os conjuro.

ADRIANA

No puedo, ni quiero tenerme tranquila. Es necesario que se satisfaga mi lengua, si no mi corazón. Es deforme, contrahecho, viejo y marchito, feo de cara, peor configurado de cuerpo, de todo punto deforme; vicioso, rudo, extravagante, tonto y bruto; detestable en los hechos, y más detestable aún en los propósitos.

LUCIANA

¿Y quién podría estar celosa de semejante hombre? Nunca se llora un mal perdido.

ADRIANA

¡Ah! Pero pienso mejor de él que lo que hablo. Y, no obstante, quisiera que fuese aún más deforme á los ojos de los otros. El Avefría grita lejos de su nido, para que se alejen de él. Mientras mi lengua le maldice, mi corazón ruega por él.

(Entra Dromio.)

DROMIO

Ea! venid. El pupitre, la bolsa: mis caras señoras, apresuraos.

LUCIANA

¿Por qué estás tan fuera de aliento?

DROMIO

Á fuerza de correr.

ADRIANA

¿Dónde está tu amo, Dromio? ¿Está bien?

DRAMIO

No; está en los limbos del Tártaro, peor que en el infierno; un diablo de eterno uniforme lo ha cogido; un diablo cuyo corazón está revestido de acero, un malvado, un genio brutal é implacable; un lobo, peor que lobo, un mozo vestido de piel de búfalo, un enemigo secreto que os pone la mano sobre la espalda, y que os cierra el paso de avenidas, esquinas y calles; en fin, alguien que arrastra las pobres almas al infierno antes del juicio.

ADRIANA

¡Hombre de Dios! ¿De qué se trata?

DRAMIO

No sé de qué se trata; pero le han prendido.

ADRIANA

¡Qué! ¿Está preso? ¿Y por demanda de quién?

DRAMIO

No sé bien por demanda de quién está preso; todo lo que puedo decir, es que el que lo ha prendido está vestido con uniforme de piel de búfalo. ¿Queréis, señora, mandarle para rescatarse, el dinero que está en el pupitre?

ADRIANA

Vé á buscarlo, hermana mía. (*Luciana sale.*) Me extraña que tenga deudas que yo ignore. Dime ¿le han prendido por un pagaré?

DRAMIO

No por un pagaré, sino á propósito de algo mas fuerte; una cadena, una cadena: ¿no oís sonar?

ADRIANA

¡Qué! ¿La cadena?

DRAMIO

No, no; la campana. Ya debía haberme marchado; eran las dos cuando me separé de él; y he aquí que el reloj da la una.

ADRIANA

¿Las horas retroceden pues? Jamás he oído tal cosa.

DROMIO

¡Oh! sí, verdaderamente; cuando una de las dos horas encuentra á un sargento, retrocede de miedo.

ADRIANA

¡Como si el tiempo tuviera deudas! Razonas como un loco rematado.

DROMIO

El tiempo es un verdadero quebrado, y debe á la estación más de lo que él vale. Y es un ladrón también; ¿no habéis oído decir que el tiempo adelanta á paso de lobo, como un ladrón? Si el tiempo está adeudado y es ladrón, y encuentra en el camino á un sargento, ¿no tiene razón de retroceder una hora en un día?

ADRIANA

Corre, Dromio, he aquí el dinero (*Luciana vuelve con la bolsa*); llévalo pronto y trae á tu amo á casa inmediatamente. Venid, hermana mía, estoy abatida por mis conjeturas que ya me animan, ya me desalientan.

(Salen.)

Escena III.

Una calle de Éfeso.

ANTÍFOLO de Siracusa solo.

No encuentro un solo hombre que no me salude, como si fuese un amigo familiar, y todos me llaman por mi nombre. Unos me ofrecen dinero, otros me invitan á comer; estos me dan las gracias por servicios que les he hecho; aquellos me ofrecen mercaderías en venta. Hace un momento un sastre me ha llamado á su tienda y me ha mostrado sederías que había comprado para mí; y á renglón seguido ha tomado la medida de mi cuerpo. Seguramente que todo esto no es sino encanto, ilusiones, y los hechiceros de Laponia habitan aquí.

(Entra una cortesana.)

DROMIO

Amo, he aquí el oro que me enviásteis á buscar..... ¡Qué! ¿Habéis hecho vestir de nuevo el retrato del viejo Adam?

ANTÍFOLO

¿Qué oro es ese? ¿De qué Adam quieres hablar?

DROMIO

No del Adam que habitaba el paraíso, sino del Adam que mora en la cárcel; de aquel que anda uniformado con piel del ternero muerto para el hijo pródigo; aquel que vino tras de vos, señor, como un ángel malo, y que os ha ordenado renunciar á vuestra libertad.

ANTÍFOLO

No te entiendo.

DROMIO

¿No? Y, no obstante, es una cosa bien sencilla: este hombre que andaba como un violón en un estuche de cuero; el hombre, señor, que, cuando los caballeros están cansados, les da un chasco y los arresta; aquel que tiene piedad de los hombres arruinados, y les da un vestido de cárcel; aquel que tiene la pretensión de hacer más hazañas con su maza que una lanza morisca.

ANTÍFOLO

¡Qué! ¿Quieres decir un sargento?

DROMIO

Sí, señor, el sargento de las obligaciones: aquel que obliga á cada individuo que falta á sus compromisos, á responder de ellos; hombre que cree que uno está siempre á punto de acostarse y dice: «¡Dios os dé buen descanso!»

ANTÍFOLO

Vamos, amigo, dejémonos de locuras. ¿Hay algún barco que salga esta noche? ¿Podemos partir?

DROMIO

Sí, señor; he venido á daros la respuesta hace una hora; la barca *Expedición* partirá esta noche; pero estabais impedido por el sargento y obligado á retardaros más allá del tiempo fijado. He aquí los dineros que me habéis mandado á buscar para libertaros.

ANTÍFOLO

Este mozo está loco y yo también; no hacemos sino errar de ilusiones en ilusiones. ¡Que alguna santa protección nos saque de aquí!

LA CORTESANA

¡Ah! ¡Cuánto me alegro de encontraros, señor Antífolo! Veo que habéis, en fin, hallado al platero: ¿es esa la cadena que me prometísteis hoy?

ANTÍFOLO

¡Atrás, Satanás! Te prohibo tentarme.

DROMIO

Señor, ¿es esta la señora de Satanás?

ANTÍFOLO

Es el demonio.

DROMIO

Es aún peor, es la señora del demonio; y viene aquí bajo la forma de una moza ligera de cascos; y por esto las muchachas dicen: ¡Dios me condene! lo cual significa: ¡Dios me haga una moza de la vida airada! Está escrito que se aparecen á los hombres como ángeles de luz. La luz es un efecto del fuego y el fuego quema. *Ergo*, las mozas de placer quemarán; no os aproximéis á ella.

LA CORTESANA

¡Vuestro criado y vos, señor, estáis de un humor maravilloso. ¿Queréis venir conmigo? Recobramos aquí la comida que no hemos podido tomar en casa.

DROMIO

Amo, si debéis probar la sopa, pedid de antemano una cuchara larga.

ANTÍFOLO

¿Pues para qué, Dromio?

DROMIO

Verdaderamente, es menester una cuchara larga al hombre que debe comer con el diablo.

ANTÍFOLO

(*A la cortesana.*) ¡Atrás, pues, demonio! ¿Á qué vienes á hablarme de cena? Eres como todas las demás, una bruja. Conjúrote á que me dejes y te vayas.

LA CORTESANA

Dadme el anillo que me habéis tomado en la comida; ó en cambio de mi diamante, la cadena que me habéis prometido; y entonces me iré, señor, y no os importunaré más.

DROMIO

Hay diablos que no piden sino el recorte de una uña, un junco, un cabello, una gota de sangre, un alfiler, una nuez, una semilla de cereza; pero esta, más codiciosa, quisiera tener una cadena. Amo, tened cuidado: si le dáis la cadena, la diabla la sacudirá y nos espantará con ella.

LA CORTESANA

Os ruego, señor, que me déis mi sortija ó mi cadena. Espero que no tenéis intención de defraudarme de este modo.

ANTÍFOLO

¡Fuera de aquí, gitana! Vamos, Dromio, partamos.

DROMIO

Huye del orgullo, dice el pavo; ¿sabéis eso, señora?

(*Salen Antífolo y Dromio.*)

LA CORTESANA

Ahora está fuera de duda que Antífolo está loco; de otro modo jamás se habría conducido tan mal. Me tiene una sortija que vale cuarenta ducados y me había prometido en cambio una cadena de oro: y ahora me niega la una y la otra, lo que me obliga á concluir que se ha vuelto loco. Además de esta actual prueba de su demencia, me acuerdo de los cuentos extravagantes que me ha endilgado hoy en la comida, como el de no haber podido entrar en su casa, porque le habían cerrado la puerta. Probablemente su esposa, que conoce sus accesos de locura, le ha cerrado, en efecto, la puerta intencionalmente. Lo que tengo que hacer ahora, es llegar pronto á su casa, y decir á su esposa, que en un acceso de locura ha entrado bruscamente en mi casa, y me ha quitado de viva fuerza una sortija que se ha llevado. He aquí el partido que me parece mejor escoger, pues cuarenta ducados son demasiado para perderlos.

Escena IV.

La escena pasa en la calle.

ANTÍFOLO DE ÉFESO y UN SARGENTO.

ANTÍFOLO

No tengáis ninguna inquietud; no me escaparé; te daré como caución, antes de dejarte, la cantidad por la cual estoy preso. Mi esposa está hoy de mal humor, y no querrá fiarse ligeramente al mensajero, ni creer que haya podido yo ser prendido en Éfeso; dígo te que esta nueva sonará en sus oídos de una manera extraña. (*Entra Dromio de Éfeso, con un pedazo de soga en la mano.*)

ANTÍFOLO DE ÉFESO

He aquí á mi criado, creo que traerá el dinero. ¡Y bien! Dromio, ¿traes lo que te he mandado á buscar?

DROMIO DE ÉFESO

He aquí, os lo garantizo, con qué pagar á todos.

ANTÍFOLO

Pero el dinero ¿dónde está?

DROMIO

Por supuesto, he dado el dinero por el cordel.

ANTÍFOLO

¿Quinientos ducados, tunante, por un pedazo de sogá?

DROMIO

Yo os daría quinientas, señor, por ese precio.

ANTÍFOLO

¿Pues para qué te mandé correr á toda prisa al alojamiento?

DROMIO

Para traeros un pedazo de sogá, señor; y con este he vuelto.

ANTÍFOLO

Y con este fin, voy á recibirte como mereces.

(Le golpea.)

EL OFICIAL

Paciencia, señor.

DROMIO

Verdaderamente yo soy quien debe ser paciente: me acosa la adversidad.

EL OFICIAL

(A *Dromio*.) Es bastante: cállate ahora.

DROMIO

Persuadidle más bien para que haga callar sus manos.

ANTÍFOLO

¡Bastardo! ¡Bribón insensible!

DROMIO

Quisiera ser insensible, señor, para no sentir vuestros golpes.

ANTÍFOLO

No eres sensible sino á los golpes, como los asnos.

DROMIO

En efecto, soy un asno; podéis probarlo por mis grandes orejas. Le he servido desde la hora de mi nacimiento hasta este instante, y jamás he recibido de él por mis servicios, sino golpes. Cuando tengo frío, me calienta con golpes; cuando tengo calor me refresca con golpes; con golpes me despierta cuando estoy dormido; con ellos me hace levantar si estoy sentado; con golpes me despide cuando salgo de la casa, y con golpes me acoge cuando estoy de vuelta. En fin, llevo sus golpes en las espaldas como un mendigo tiene que llevar su pequeñuelo; y creo que cuando me haya invalidado, me será preciso ir á mendigar con ello de puerta en puerta. (*Entran Adriana, Luciana, la cortesana, Pinch y otros.*)

ANTÍFOLO

Vamos, seguidme, he allí á mi esposa que llega.

DROMIO

Ama, *respice finem*, respetad vuestro fin; ó más bien la profecía, como el loro, «¡cuidado con la sogá!»

ANTÍFOLO

(*Golpeando á Dromio.*) ¿Y hablarás todavía?

LA CORTESANA

(*A Adriana.*) ¡Y bien! ¿qué pensais ahora? ¿Está loco vuestro marido?

ADRIANA

Su incivilidad no prueba menos. Buen doctor Pinch, vos que sabéis exorcisar, restablecedle en su buen sentido, y os daré cuanto pidiéreis.

LUCIANA

¡Ay! ¡Qué chispeantes y furiosas son sus miradas!

LA CORTESANA

¡Ved cómo tiembla en su enagenación!

PINCH

Dadme vuestra mano; dejadme sentir vuestro pulso.

ANTÍFOLO

Tomad, he aquí mi mano, y que la sienta vuestra oreja.

PINCH

Te adjuro, Satanás, ya que habitas dentro de este hombre, ceder la posesión á mis santas oraciones y hundirte al instante en tus dominios tenebrosos; te adjuro por todos los santos del cielo.

ANTÍFOLO

Silencio, brujo chocho; silencio; no estoy loco.

ADRIANA

¡Oh! ¡Pluguiese á Dios que no lo estuvieses, alma desventurada!

ANTÍFOLO

(*A su esposa.*) Y vos, favorita, ¿son estos vuestros compinches? ¿Es este compañero, cara de azafrán, quien estaba de gala y fiesta hoy en mi casa, mientras que las puertas estaban criminalmente cerradas, y que se me rehusaba la entrada?

ADRIANA

¡Oh! esposo mío, Dios sabe que habéis comido en casa; ¡y ojalá hubiéseis permanecido hasta ahora al abrigo de esta difamación y de este público oprobio!

ANTÍFOLO

¿He comido en casa? Tú, tunante, qué dices tú?

DROMIO

Para decir la verdad, señor, no habéis comido en el alojamiento.

ANTÍFOLO

¿Mis puertas no estaban cerradas y yo fuera?

DROMIO

¡Por Dios! Vuestra puerta estaba cerrada y vos fuera.

ANTÍFOLO

¿Y ella misma no me ha colmado de injurias?

—*Te adjuro, Satanás, ya que habitas dentro de este hombre...*

DROMIO

Sin mentir, os ha dicho injurias ella misma.

ANTÍFOLO

¿Su cocinera no me ha insultado, zaherido, despreciado?

DROMIO

Cierto, lo ha hecho: la vestal de la cocina os ha rechazado injuriosamente.

ANTÍFOLO

¿Y no me he ido todo enagenado de ira?

DROMIO

En verdad, nada más cierto: mis huesos son testigos de ello, que han sentido desde entonces toda la fuerza de esta rabia.

ADRIANA

(*A Dromio.*) ¿Es bueno darle razón en sus contradicciones?

PINCH

No hay mal en eso: este mozo conoce su humor y cediendo le lisonjea en su frenesí.

ANTÍFOLO

Has conquistado al platero para hacerme prender.

ADRIANA

¡Ay! al contrario: os he mandado dinero para rescataros, por mano de Dromio que, vedle aquí, había corrido á buscarle.

DROMIO

¿Dinero? ¿Por mi mano? Buen corazón y buena voluntad, podría ser; pero ciertamente, mi amo, ni una partícula de dinero.

ANTÍFOLO

¿No has ido á encontrarla para pedirle una bolsa de ducados?

ADRIANA

Ha venido y se la he entregado.

LUCIANA

Y yo soy testigo de que se la entregó.

DROMIO

Dios y el cordelero me son testigos de que no se me ha mandado á buscar otra cosa que un pedazo de sogá.

PINCH

Señora, el amo y el criado están poseídos ambos. Lo veo en sus semblantes pálidos y cadavéricos. Es necesario atarlos y ponerlos en algún cuarto oscuro.

ANTÍFOLO

Responded; ¿por qué me habéis cerrado la puerta hoy? Y tú, (*á Dromio*) ¿por qué niegas la bolsa de oro que te han dado?

ADRIANA

Mi buen esposo, no os he cerrado la puerta.

DROMIO

Y yo, querido amo, no he recibido oro; pero confieso, señor, que sí os han cerrado la puerta.

ADRIANA

¡Hipócrita villano, dices una doble mentira!

ANTÍFOLO

Prostituta hipócrita, mientes en todo; y has hecho liga con una banda de forajidos para llenarme de afrentas y desprecio; pero, con estas uñas arrancaré tus pérfidos ojos, que se complacen en verme en tal ignominia. (*Pinch y su gente amarran á Antífolo y Dromio de Éfeso.*)

ADRIANA

¡Oh! ¡Amarradle, amarradle; que no se acerque á mí!

PINCH

¡Más gente! El demonio que lo posee es fuerte.

LUCIANA

¡Ay! ¡Qué pálido y desfigurado está el pobre hombre!

ANTÍFOLO

¡Qué! ¿Queréis asesinar me? Tú, carcelero, yo soy tu prisionero; ¿sufrirás que me arranquen de tus manos?

EL OFICIAL

Señores, dejadle; es mi preso y vosotros no lo tendréis.

PINCH

Vamos, que se amarre á este hombre, pues es frenético también.

ADRIANA

¿Qué quieres decir, rencoroso sargento? ¿Tienes gusto de ver á un infortunado hacerse mal y daño á sí mismo?

EL OFICIAL

Es mi preso; si le dejo ir, me exigirán la suma que debe.

ADRIANA

Te eximiré de ello antes de dejarte; condúceme al instante donde su acreedor. Cuando sepa la naturaleza de esta deuda, la pagaré. Mi buen doctor, ved que sea conducido en seguridad hasta mi casa. ¡Oh desventurado día!

ANTÍFOLO

¡Oh, miserable prostituída!

DROMIO

Amo, heme aquí apresado por causa de vos.

ANTÍFOLO

¡Enhoramala para ti, bandido! ¿Por qué me haces encolerizar?

DROMIO

¿Queréis, pues, que os amarren por nada? Sed loco, amo; gritad, el diablo...

LUCIANA

¡Dios les asista, pobres almas! ¡Cómo desvarían!

ADRIANA

Vamos, sacadle de aquí. Venid conmigo, hermana. (*Salen Pinch, Antífolo, Dromio, etc.—Al oficial.*) Decidme, ahora, ¿á requisición de quién está preso?

EL OFICIAL

Sobre la demanda de un tal Angelo, un platero. ¿Le conocéis?

ADRIANA

Le conozco. ¿Qué cantidad le debe?

EL OFICIAL

Doscientos ducados.

ADRIANA

¿Y por qué se los debe?

EL OFICIAL

Es el valor de una cadena que vuestro esposo ha recibido de él.

ADRIANA

Había encargado una cadena para mí, pero no se le ha entregado.

LA CORTESANA

Cuando vuestro esposo, todo enfurecido, vino hoy á mi casa, se llevó mi sortija, que he visto en su dedo, hace poco, y momentos después le he encontrado con mi cadena.

ADRIANA

Eso puede muy bien ser; pero no la he visto nunca. Venid, alcaide, conducidme á casa del platero. Estoy impaciente por saber la verdad de esto con todos sus detalles. (*Entran Antífolo de Siracusa con la espada desnuda y Dromio de Siracusa.*)

LUCIANA

¡Oh Dios, tened piedad de nosotros! ¡Heles aquí de nuevo en libertad!

ADRIANA

¡Y vienen con la espada desnuda! ¡Pidamos socorro, para hacerlos amarrar de nuevo!

EL OFICIAL

Escapémonos; nos matarían.

(Huyen.)

ANTÍFOLO

Veo que estas brujas tienen miedo de las espadas.

DROMIO

La que quería ser vuestra esposa ahora poco, os huye ahora.

ANTÍFOLO

Vamos al Centauro. Saquemos nuestros equipajes; no veo la hora de estar sano y salvo á bordo.

DROMIO

No, quedaos aquí esta noche; seguramente no se nos hará mal alguno. Véis que se nos habla amistosamente, que se nos ha dado oro; me parece que son unas buenas gentes; y sin esta montaña de carne loca, que me reclama para el matrimonio, me sentiría con bastante ganas de quedarme aquí siempre, y de hacerme brujo.

ANTÍFOLO

No me quedaría esta noche ni por el valor de la ciudad entera: vámonos á hacer llevar nuestro equipaje á bordo. (*Salen.*)

Acto V.

Escena I.

La misma.

Entran EL MERCADER y ANGELO.

ANGELO

iento mucho, señor, haber retardado vuestra partida. Pero os protesto que la cadena le ha sido entregada por mí, aunque tenga la deshonra inconcebible de negarlo.

EL MERCADER

¿Cómo está considerado este hombre en la ciudad?

ANGELO

Goza de una reputación respetable, de un crédito sin límites; es muy querido; ningún ciudadano de esta ciudad es superior á él: su palabra, cuando él lo quisiera, respondería de toda mi fortuna.

EL MERCADER

Hablad bajo: creo que es él quien se pasea allí. (*Entra Antífolo de Siracusa.*)

ANGELO

Sí, es él: y lleva en su cuello esta misma cadena que por perjurio monstruoso ha jurado no haber recibido. Acercaos, señor, voy á hablarle.—(Á *Antífolo.*) Señor Antífolo, me asombra sobremanera

que me hayáis causado esta vergüenza y este embarazo, no sin daño de vuestra propia reputación. ¡Negarme tan decididamente y con juramentos haber recibido esta cadena que lleváis ahora á la vista de todos! Además de la acusación, la vergüenza y el arresto, habéis perjudicado también á este honrado amigo, que á no haber tenido que aguardar el fallo de nuestro debate, se habría dado á la vela, y estaría actualmente en el mar. ¡Habéis recibido esta cadena de mí! ¡Habéis recibido esta cadena de mí! ¿Podéis negarlo?

ANTÍFOLO

Creo que la he recibido de vos; no lo he negado jamás, señor.

ANGELO

¡Oh! lo habéis negado, señor, y aun habéis perjurado.

ANTÍFOLO

¿Quién me ha oído negar y jurar lo contrario?

EL MERCADER

Yo, á quien conocéis, lo he oído con mis propias orejas. ¡Bah! ¡Miserable! Es una vergüenza que te sea permitido pasearte allí donde concurre la gente honrada.

ANTÍFOLO

Eres un villano en insultarme así. Probaré mi honor y probidad contra vos dentro de un momento, si te atreves á hacerme frente.

EL MERCADER

Me atrevo, y te desafío como al vil que eres. (*Sacan las espadas para batirse. Entran Adriana, Luciana, la cortesana y otros.*)

ADRIANA

(*Corriendo.*) Parad, no le hiráis; por el amor de Dios! Está loco. Que alguien se apodere de él; quitadle la espada. Atad á Dromio también, y conducidles á mi casa.

DROMIO

Huyamos, amo mío, huyamos; en nombre de Dios, entrad en alguna casa. He aquí una especie de convento: entremos, ó estamos perdidos. (*Antífolo de Siracusa y Dromio entran en el convento: se presenta la abadesa.*)

LA ABADESA

Silencio, buenas gentes: ¿por qué os agrupáis aquí?

ADRIANA

Vengo á llevar de aquí á mi pobre esposo que está loco. Entremos á fin de que podamos atarle con firmeza y conducirle á casa para que se cure.

ANGELO

Bien veía yo que no estaba en su entero juicio.

EL MERCADER

Me pesa ahora haber sacado la espada contra él.

LA ABADESA

¿Desde cuándo está así poseído?

ADRIANA

Toda esta semana ha estado melancólico, sombrío y triste; bien diferente de lo que era siempre; pero hasta este medio día, su enfermedad no había jamás estallado en tal extremo de rabia.

LA ABADESA

¿No ha sufrido grandes pérdidas en un naufragio? ¿Ó enterrado algún amigo querido? ¿Sus ojos no han extraviado á su corazón en un amor ilegítimo? Es un pecado muy común en los jóvenes, quienes dan á sus ojos la libertad de verlo todo. ¿Á cuál de estos accidentes ha solido estar sujeto?

ADRIANA

Á ninguno, si no es el último. Quiero decir, algún amorío que le alejaba frecuentemente de su casa.

LA ABADESA

Deberíais haberle amonestado por ello.

ADRIANA

Por cierto, lo he hecho.

LA ABADESA

Quizás con escasa energía.

ADRIANA

Con tanta como me lo permitía el pudor.

LA ABADESA

Quizás en particular.

ADRIANA

Y en público también.

LA ABADESA

Sí, pero no lo suficiente.

ADRIANA

Era el tema de todas nuestras conversaciones; en la cama, no podía él dormir, por lo mucho que de ello le hablaba. En la mesa, no podía comer por lo mucho que de ello le hablaba. Á solas, era el objeto de mis reconvenciones. En sociedad, aludía yo frecuentemente á ello, y aun le decía cuán malo y vergonzoso era.

LA ABADESA

Y de ahí ha sucedido que este hombre se ha vuelto loco. Los clamores emponzoñados de una mujer celosa son un veneno más mortífero que el diente de un perro rabioso.—Parece que su sueño era interrumpido por tus querellas; he ahí lo que ha debilitado su cabeza. Dices que las comidas eran sazonadas con tus reproches; las comidas perturbadas hacen las malas digestiones, de donde nacen el fuego y el delirio de la fiebre. ¡Y qué cosa es la fiebre, sino un acceso de locura!—Dices que tu vehemencia ha interrumpido sus pasatiempos. Privando al hombre de una dulce recreación, ¿qué ha de venir? Una acerba y triste melancolía, análoga á la feroz é inconsolable desesperación; y en seguida una grande é infecta multitud de enfermedades, enemigas de la existencia.—Ser perturbado en sus alimentos, en su recreo, en el sueño conservador de la vida,

bastaría para hacer que se volvieran locos hombres y bestias. La consecuencia es, pues, que vuestros accesos de celos son los que han privado á vuestro esposo del uso de su razón.

LUCIANA

No le ha hecho sino dulces amonestaciones, cuando él se entregaba al ímpetu, á la brutalidad de arrebatos groseros. (*Á su hermana.*) ¿Por qué soportáis estos reproches sin responder?

ADRIANA

Me ha entregado á los reproches de mi propia conciencia. Buenas gentes, entrad y apoderaos de él.

LA ABADESA

No; nadie entra jamás en mi casa.

ADRIANA

Entonces, que vuestros criados traigan á mi esposo.

LA ABADESA

Eso no será tampoco; él ha tomado este lugar como un asilo sagrado; y éste lo garantizará de vuestras manos, hasta que yo lo haya devuelto al uso de sus facultades, ó haya perdido mi trabajo en intentarlo.

ADRIANA

Quiero cuidar á mi esposo, ser su custodia, su enfermera, pues es mi obligación; y no quiero otro agente que yo misma. Así dejadme conducirle á mi casa.

LA ABADESA

Tened paciencia; no lo dejaré salir de aquí hasta que no haya empleado los medios probados que poseo; jarabes, drogas saludables y santas oraciones, para restablecerle en el estado natural del hombre; es una parte de mi voto, un deber caritativo de mi orden; así retiraos y dejadle confiado á mis cuidados.

ADRIANA

No me moveré de aquí, y no dejaré aquí á mi esposo. Sienta mal á vuestra santidad el separar al marido y la mujer.

LA ABADESA

Calmaos y retiraos. Vos no lo tendréis.

(Sale la abadesa.)

LUCIANA

Quejaos al duque de esta indignidad.

ADRIANA

Vamos, venid: caeré prosternada á sus piés y no me levantaré hasta que mis lágrimas y mis ruegos hayan comprometido á Su Alteza á venir en persona al monasterio, para quitar por fuerza mi esposo á la abadesa.

EL MERCADER

El horario de este cuadrante creo que marca las cinco. Estoy seguro de que en este momento, el duque se dirige en persona hacia la triste llanura, lugar de muerte y de tristes ejecuciones, que está detrás de los fosos de esta abadía.

ANGELO

¿Y por qué causa va allí?

EL MERCADER

Para ver cortar públicamente la cabeza de un respetable mercader de Siracusa que ha tenido la desgracia de infringir las leyes y los estatutos de esta ciudad, abordando á esta bahía.

ANGELO

En efecto, helos aquí que vienen: vamos á asistir á la ejecución.

LUCIANA

(A su hermana.) Arrojaos á los piés del duque, antes que haya pasado la abadía. (*Entran el duque con su cortejo, Ægeón, con la cabeza descubierta, el verdugo, guardias y otros oficiales.*)

EL DUQUE

(*A un pregonero público.*) Proclamad públicamente una vez más, que si hay algún amigo que quiera pagar la suma por él, no morirá, pues nos interesamos en su suerte!

ADRIANA

(*Arrojándose á las rodillas del duque.*) ¡Justicia contra la abadesa!

EL DUQUE

Es una señora virtuosa y respetable: no es posible que os haya hecho mal.

ADRIANA

Que Vuestra Alteza se digne oirme: Antífolo, mi esposo, á quien hice dueño de mi persona y de cuanto poseía, conforme á vuestras cartas presentes, ha sido atacado, en este día fatal, por un espantoso acceso de locura. Se ha lanzado furioso á la calle (y con él su esclavo que está loco también) ultrajando á los ciudadanos, entrando por fuerza en sus casas, llevándose sortijas, joyas, todo lo que agradaba á su capricho. He logrado hacerlo atar una vez y conducirlo á mi casa, mientras iba yo á reparar los perjuicios que su furia había causado aquí y allá en la ciudad. Sin embargo, no sé por qué medio ha podido escaparse; se ha desembarazado de los que le custodiaban, seguido de su esclavo, alienado como él; ambos, impulsados por una rabia desenfrenada, con las espadas desnudas, nos han encontrado y han venido á caer sobre nosotros y nos han puesto en fuga hasta que provistas de nuevos refuerzos hemos vuelto para detenerlos; entonces se han escapado á esta abadía, donde les hemos perseguido. Y he aquí que la abadesa nos cierra las puertas y no nos permite buscarle, ni hacerle salir, con el fin de que podamos llevarle. Así, muy noble duque, con vuestra autoridad, ordenad que lo traigan y lo lleven á su casa, para que allí sea auxiliado.

EL DUQUE

Vuestro esposo ha servido ya en mis guerras y os he prometido mi palabra de príncipe, cuando lo admitisteis á compartir vuestro lecho, hacerle todo el bien que podría depender de mí. Id, alguno de vosotros, tocad á las puertas de la abadía y decid á la señora abadesa que venga á hablarme: quiero arreglar esto antes de pasar á otra cosa. (*Entra un criado.*)

EL CRIADO

¡Oh! ama mía, ama mía, huíd, poneos en salvo! Mi amo y su esclavo se han escapado; han golpeado á las sirvientas una tras otra y amarrado al doctor y quemádole las barbas con tizones encendidos; y á medida que ardían, le han arrojado baldes de fango infecto para apagar el fuego de sus cabellos. Mi amo le exhorta á la paciencia, mientras que su esclavo le trasquila con tijeras como á un loco; y seguramente, si no enviáis socorro al instante, matarán al mágico entre los dos.

ADRIANA

Calla; imbécil: tu amo y su criado están aquí; y todo lo que dices, no es más que un cuento.

EL CRIADO

Ama, por mi vida, os digo la verdad. Desde que ví esta escena he corrido casi sin respirar. Grita contra vos, y jura que si puede cogeros, os tostará la cara y os desfigurará. (*Se oyen gritos en el interior.*) Escuchad, escuchad; ya le oigo; huíd, ama mía, escapaos!

EL DUQUE

(*A Adriana.*) Venid, poneos junto á mí. No tengáis ningún temor. Guardadla con vuestras alabardas.

ADRIANA

(*Viendo entrar á Antífolo de Éfeso.*) ¡Oh dioses! ¡Es mi esposo! Sed testigos, que reaparece aquí como un espíritu invisible. No hace sino un momento que le hemos visto refugiarse en esta abadía, y he le aquí ahora que llega por otro lado. ¡Esto sobrepuja la inteligencia humana!

(*Entran Antífolo y Dromio de Éfeso.*)

ANTÍFOLO

¡Justicia, generoso duque! ¡Oh! ¡Aseguradme justicia! En nombre de los servicios que os he hecho en tiempos pasados, cuando os he cubierto con mi cuerpo en el combate y he recibido profundas heridas por salvar vuestra vida; en nombre de la sangre que perdí entonces por vos, acordadme justicia.

ÆGEÓN

Si el temor de la muerte no me ha trastornado la razón, es á mi hijo Antífolo á quien veo, y á Dromio.

ANTÍFOLO

¡Justicia, buen príncipe, contra esta mujer que véis allí! Ella, á quien me habéis dado vos mismo por esposa, me ha ultrajado y deshonrado, con la más grande y la más cruel afrenta. La injuria que sin pudor me ha hecho hoy, sobrepuja la imaginación.

EL DUQUE

Explicaos y me encontraréis justo.

ANTÍFOLO

Hoy mismo, poderoso duque, ha cerrado para mí las puertas de mi casa, mientras que ella se regalaba allí con bribones infames.

EL DUQUE

Grave falta; responde, mujer: ¿has obrado así?

ADRIANA

No, mi digno señor. Yo, él y mi hermana, hemos comido hoy juntos. ¡Que caiga sobre mi alma la acusación, si no es enteramente falsa!

LUCIANA

¡Que jamás vuelva yo á ver la luz del día, ni á reposar en la noche, si ella no dice la pura verdad á Vuestra Alteza!

ANGELO

¡Oh mujer perjura! Una y otra juran en falso. Sobre este punto, el loco las acusa con justicia.

ANTÍFOLO

Mi soberano, sé lo que digo. No estoy perturbado por los vapores del vino, ni extraviado por el desorden de la cólera, aunque las injurias que he recibido bastarían para hacer perder la razón á un hombre más prudente que yo. Esta mujer me ha impedido entrar hoy á mi casa para comer: este platero que véis, si no estuviese de acuerdo con ella, podría atestiguarlo, pues estaba conmigo entonces; me ha dejado para ir á buscar una cadena, prometiendo

traérmela al Puerco-Espín, donde Baltasar y yo comimos juntos; terminada nuestra comida y no volviendo él, he ido á buscarle y le he encontrado en la calle en compañía de este caballero. Allí este platero perjuro me ha jurado descaradamente haberme entregado una cadena que ¡lo sabe Dios! no he visto jamás, ¡y por esta causa me ha hecho prender por un sargento! He obedecido y he enviado mi criado á mi casa á buscar algunos ducados. Volvió, pero sin dinero. Entonces rogué cortesmente al oficial que me acompañase él mismo hasta mi casa. En el camino hemos encontrado á mi esposa, su hermana y toda una caterva de viles cómplices; traían con ellos á un tal Pinch, un perdido, de cara flaca y aire de hambriento, un esqueleto descarnado, un charlatán, decidor de buena aventura, escamoteador remendado, un miserable necesitado, de ojos hundidos y mirada maliciosa, una momia ambulante. Este pillo peligroso ha osado hacerse pasar por mágico, mirándome los ojos, tomándome el pulso, despreciándome en mi presencia. Él, que apenas es un ente, ha exclamado que yo estaba loco. En seguida todos han caído sobre mí, me han amarrado, arrastrado y sumergido á mí y á mi criado, atados ambos, en una húmeda y tenebrosa cueva de mi casa. Al fin royendo mis lazos con los dientes, los he roto; he recobrado mi libertad y he corrido en seguida en busca de Vuestra Alteza; conjúrola que me haga dar una satisfacción amplia por estas indignidades y las afrentas inauditas que me han hecho sufrir.

ANGELO

Mi príncipe, en toda verdad, mi testimonio se acuerda con el suyo en que no ha comido en su casa sino que le han cerrado la puerta.

EL DUQUE

¿Pero le habéis entregado ó no la cadena en cuestión?

ANGELO

La ha recibido de mí, Alteza; y cuando corría en esta calle, esta gente ha visto la cadena en su cuello.

EL MERCADER

Además, yo juraré que con mis propios oídos os he oído confesar que habíais recibido de él la cadena, después de haberlo negado con juramento en la plaza del Mercado. En esta ocasión es cuando saqué la espada contra vos: entonces os escapasteis en esta abadía, de donde creo habéis salido por milagro.

ANTÍFOLO

Jamás he entrado en el recinto de esta abadía; jamás habéis sacado la espada contra mí; jamás he visto la cadena: ¡tomo por testigo al cielo! Y todo lo que me imputáis es mentira.

EL DUQUE

¡Qué acusación tan enredada! Creo que habéis bebido todos en la copa de Circeo. Si hubiera entrado en esta casa, allí estaría aún; si estuviese loco, no defendería su causa con tanta sangre fría. Decís que ha comido en su casa; el platero lo niega. ¿Y tú, tunante, qué dices tú?

DROMIO

Príncipe, ha comido con esta mujer en el Puerco-Espín.

LA CORTESANA

Sí, mi príncipe, ha cogido de mi dedo esa sortija que le véis.

ANTÍFOLO

Es verdad, mi soberano, es de ella de quien tengo esta sortija.

EL DUQUE

(*A la cortesana.*) ¿Le habéis visto entrar en esta abadía?

LA CORTESANA

Tan seguro, mi príncipe, como lo es, que veo á Vuestra Gracia.

EL DUQUE

Es extraño! Id á decir á la abadesa que se presente aquí: creo, verdaderamente, que estáis todos de acuerdo ó completamente locos.

(Uno de la gente del duque va á buscar á la abadesa.)

ÆGEÓN

Poderoso duque, acordadme la libertad de decir una palabra. Quizás veo aquí un amigo que salvará mi vida y pagará la suma que puede libertarme.

EL DUQUE

Decid libremente, siracusano, lo que queráis.

ÆGEÓN

(*Á Antífolo.*) ¿Vuestro nombre, señor, no es Antífolo? ¿Y no es ese vuestro esclavo Dromio?

DROMIO DE ÉFESO

No hace aún una hora, señor, que era su esclavo: pero él, se lo agradezco, ha cortado mis cuerdas con sus dientes; y ahora soy Dromio y su servidor, pero ya no esclavo.

ÆGEÓN

Estoy seguro que los dos os acordáis de mí.

DROMIO DE ÉFESO

Nos acordamos de nosotros mismos, señor, en viéndoos; pues hace algunos instantes que estábamos ligados, como lo estáis vos ahora. ¿No sois un enfermo de Pinch, no es verdad, señor?

ÆGEÓN

(*Á Antífolo.*) ¿Por qué me miráis como á un extraño? Me conocéis bien.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Jamás en mi vida os he visto, hasta este momento.

ÆGEÓN

¡Oh! la tristeza me ha cambiado desde la última vez que me habéis visto; mis horas de inquietud, y la mano destructora del tiempo han grabado extrañas alteraciones sobre mi rostro. Pero decidme aún ¿no reconocéis mi voz?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Tampoco.

ÆGEÓN

¿Y tú, Dromio?

DROMIO DE ÉFESO

Ni yo, señor; os lo aseguro.

ÆGEÓN

Y yo estoy seguro que la reconoces.

DROMIO DE ÉFESO

¿Sí, señor? Y yo estoy seguro que no, y lo que un hombre os niega, estáis obligado ahora á creerlo.

ÆGEÓN

¡No reconocer mi voz! ¡Oh estrago del tiempo! ¡Has deformado y entorpecido á tal punto mi lengua, en el corto espacio de siete años, que mi hijo único no pueda ya reconocer mi débil voz que hacen vibrar desapacible los cuidados! Aunque mi rostro surcado de arrugas, esté oculto bajo la nieve del invierno que hiela la savia; aunque todos los canales de mi sangre estén helados; sin embargo, un resto de memoria reluce en la noche de mi vida; las antorchas medio consumidas de mi vista, despiden aún alguna pálida claridad; mis orejas ensordecidas me sirven aún para oír un poco; y todos estos viejos testigos (no, no puedo equivocarme) me dicen que eres mi hijo Antífolo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Nunca en mi vida he visto á mi padre.

ÆGEÓN

No hace aún siete años, joven, lo sabes, que nos hemos separado en Siracusa: pero puede ser, hijo mío, que tengas vergüenza de reconocermme en el infortunio.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

El duque, y todos los de la ciudad que me conocen, pueden atestiguar conmigo que eso no es verdad. No he visto jamás Siracusa, en toda mi vida.

EL DUQUE

Te aseguro, siracusano, que desde ha veinte años que soy el protector de Antífolo, jamás ha visto Siracusa: veo que tu edad y tu peligro perturban tu razón. (*Entra la abadesa, seguida de Antífolo y de Dromio de Siracusa.*)

LA ABADESA

Muy poderoso duque, he aquí un hombre cruelmente ultrajado. (*Todo el mundo se aproxima y se apresura para ver.*)

ADRIANA

Veo dos maridos, ó mis ojos me engañan.

EL DUQUE

Uno de estos dos hombres es sin duda el genio del otro; y lo mismo sucede con estos dos esclavos. ¿Cuál de los dos es el hombre natural y cuál el espíritu? ¿Quién puede distinguir al uno del otro?

DROMIO DE SIRACUSA

Soy yo, señor, quien soy Dromio; ordenad á ese hombre que se retire.

DROMIO DE ÉFESO

Soy yo, señor, quien soy Dromio: permitid que me quede.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿No eres Ægeón, ó eres su fantasma?

DROMIO DE SIRACUSA

¡Oh mi viejo amo! ¿Quién lo ha cargado aquí con estos lazos?

LA ABADESA

Cualquiera que sea el que le ha encadenado, le libentaré de su cadena y ganaré un esposo. Hablad, viejo Ægeón, si sois el hombre que tuvo una esposa, hace tiempo, llamada Emilia, que os dió á la vez dos hermosos niños; ¡oh! ¡si sois el mismo Ægeón, hablad, y hablad á la propia Emilia!

ÆGEÓN

Si no sueño, eres Emilia; si eres Emilia dime ¿dónde está este hijo que flotaba contigo sobre aquella balsa fatal?

LA ABADESA

Él y yo con el gemelo Dromio, fuímos recogidos por habitantes de Epidamno; pero un momento después, pescadores feroces de Corinto les quitaron por fuerza á Dromio y á mi hijo, y me dejaron con los de Epidamno. Lo que fué de ellos después, no puedo decirlo; á mí, la fortuna me ha colocado en el estado en que me véis.

EL DUQUE

He aquí que principia á confirmarse la historia de esta mañana; jestos dos Antífolo, estos dos hijos tan parecidos, y estos dos Dromio tan semejantes! He aquí los padres de estos dos niños que la casualidad reúne. Antífolo, ¿has venido primero de Corinto?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No, príncipe; yo no: vine de Siracusa.

EL DUQUE

Vamos, teneos separados; no puedo distingueros uno de otro.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Vine de Corinto, mi bondadoso señor.

DROMIO DE ÉFESO

Y yo con él.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Conducido a esta ciudad por vuestro tío, el duque Menafón, guerrero tan famoso.

ADRIANA

¿Cuál de los dos ha comido conmigo hoy?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Yo, mi bella dama.

ADRIANA

¿Y no sois vos mi esposo?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No, á eso digo yo no.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Y convengo con vos; aunque ella me haya dado este título...., y que esta bella señorita, su hermana, que he ahí, me haya llamado su hermano.—Lo que os he dicho entonces, espero tener un día la ocasión de probároslo, si todo lo que veo y oigo no es un sueño.

ANGELO

He aquí la cadena, señor, que habéis recibido de mí.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Lo creo, señor, no lo niego.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

á Angelo

Y vos, señor, me habéis hecho prender por esta cadena.

ANGELO

Creo que sí, señor; no lo niego.

ADRIANA

á Antífolo de Éfeso.

Os he enviado dinero, señor, para serviros de caución, por Dromio; pero creo que no os lo ha llevado. (*Señalando á Dromio de Siracusa.*)

DROMIO DE SIRACUSA

No, yo no.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

He recibido de vos esta bolsa de ducados; y es Dromio, mi criado, quien me la ha traído: veo ahora que cada uno de nosotros ha encontrando el criado del otro; yo he sido tomado por él, y él por mí; y de aquí han provenido todas estas equivocaciones.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Empeño aquí estos ducados por el rescate de mi padre, que he aquí.

EL DUQUE

Es inútil; doy la vida á vuestro padre.

LA CORTESANA

á Antífolo de Éfeso.

Señor, es necesario que me volváis este diamante.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Helo aquí, tomadle, y muchas gracias por vuestra buena carne.

LA ABADESA

Ilustre duque, dignaos daros la molestia de entrar con nosotros en esta abadía; oiréis la historia entera de nuestras aventuras. Y vosotros todos, que estáis reunidos en este lugar y que habéis sufrido algún perjuicio por las equivocaciones recíprocas de este día, venid, acompañadnos, y tendréis plena satisfacción. Durante veinticinco años enteros, he sufrido los dolores del alumbramiento, á causa de vosotros, hijos míos, y no es sino en esta hora cuando estoy al fin desembarazada de mi penoso fardo. El duque, mi marido, mis dos hijos y vosotros que marcáis la fecha de su nacimiento, venid conmigo á una fiesta de puerperio; á tan largos dolores debe suceder tal natividad.

EL DUQUE

Con todo mi corazón; quiero apadrinar esta fiesta. (*Salen el duque, la abadesa, Ægeón, la cortesana, el mercader y el séquito.*)

DROMIO DE SIRACUSA

(*A Antífolo de Éfeso.*) Mi amo, ¿iré á tomar vuestro equipaje á bordo?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Dromio, ¿qué equipaje á bordo has embarcado?

DROMIO DE SIRACUSA

Todos vuestros efectos, señor, que teníais en el albergue del Centauro.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Es á mí á quien quiere hablar: soy yo, quien soy tu amo, Dromio. Vamos, ven con nosotros: trataremos de arreglar eso más tarde: abraza á tu hermano y diviértete con él. (*Los dos Antífolos salen.*)

DROMIO DE SIRACUSA

Hay en la casa de vuestro amo una amiga gorda, que hoy en la comida me ha ENCOCINADO tomándome por vos. En lo sucesivo será mi hermana y no mi esposa.

DROMIO DE ÉFESO

Me parece que sois mi espejo en lugar de ser mi hermano. Veo en vuestro rostro que soy un muchacho bonito. ¿Queréis entrar para ver su fiesta?

DROMIO DE SIRACUSA

No es á mí, señor, á quien toca pasar el primero: sois el mayor.

DROMIO DE ÉFESO

Es una cuestión: ¿cómo la resolveremos?

DROMIO DE SIRACUSA

Tiraremos á la paja corta para decidirla. Hasta entonces, pasa tú delante.

DROMIO DE ÉFESO

No, tengámonos así. Hemos entrado en el mundo como dos hermanos: entremos aquí mano en mano y no uno delante del otro.
(*Salen.*)

